

JUAN SÁNCHEZ AZCONA

FASES DISTINTAS DE UN HOMBRE

Juan Sánchez Azcona (1876-1938). Estudió Filosofía en Alemania y después Ciencias Sociales en Francia. En París conoció a Madero, con el que trabó gran amistad. Participó en la redacción del Plan de San Luis y fue nombrado miembro de la Junta Directiva de la insurrección nacional. Participó también en la Convención del Partido Antirreeleccionista, el 15 de abril de 1910. Cuando Madero tomó el poder, Azcona fue su secretario particular. En 1913, tras la Decena Trágica, se exilió en La Habana. Ese mismo año regresó para unirse a Carranza. Fue secretario de Gobierno de José María Maytorena en Sonora. Fue diputado y senador en numerosas ocasiones. En 1914 se trasladó a Europa donde canceló un empréstito solicitado por Huerta a Francia e Inglaterra, y lo transfirió a Carranza. En 1920 fue secretario de Relaciones Exteriores. Obregón lo nombró ese mismo año embajador de México en España. Como periodista, fundó el periódico de oposición *México Nuevo* en 1909 y dirigió *El Diario* y el *Diario de la Tarde*, además de colaborar en numerosos periódicos nacionales y extranjeros. Como académico, fue miembro distinguido de la Academia de Artes y Ciencias de San Carlos de Nápoles, Italia, y de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz, España.

FASES DISTINTAS DE UN HOMBRE

JUAN SÁNCHEZ AZCONA

FASES DISTINTAS DE UN HOMBRE

JUAN SÁNCHEZ AZCONA



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



CONSEJO EDITORIAL
CÁMARA DE DIPUTADOS

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO
LEGISLATIVO Y POLÍTICO MEXICANO

Fases distintas de un hombre
Juan Sánchez Azcona
Primera edición, 2014.

IDEA ORIGINAL DE LA COLECCIÓN
Edgar Piedragil

COORDINACIÓN EDITORIAL
Enzia Verduchi

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Daniela Rocha

CUIDADO DE LA EDICIÓN
Roxana González

FORMACIÓN ELECTRÓNICA
Susana Guzmán de Blas

CORRECCIÓN
Anaïs Abreu / Emiliano Álvarez

© Cámara de Diputados, LXII Legislatura
Avenida Congreso de la Unión No. 66
Col. El Parque, Del. Venustiano Carranza
C.P. 15960, México, D.F.

© Pámpano Servicios Editoriales S.A. de C.V.
Avenida Paseo de la Reforma N. 505, piso 33,
Col. Cuauhtémoc, Del. Cuauhtémoc
C.P. 06500, México, D.F.

ISBN: 978-84-16142-56-9 (Del título)
ISBN: 978-84-9394478-9-7 (De la colección)
D.L.: M-10890-2014

La fuente de las acotaciones biográficas de este título pertenecen al *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, 2 volúmenes.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier modo o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin la previa autorización expresa y por escrito de los editores, en los términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Presentación	9
Francisco I. Madero	11
El maderismo fue una cosa distinta del magonismo	25
Cómo se fugó Madero de San Luis Potosí	35
El Plan de San Luis	41
Quien hubiera sido el jefe del movimiento, en caso de faltar Madero	47
El texto auténtico de los convenios de Ciudad Juárez	55
Cómo salió de México el general Díaz	61
El memorable 7 de junio de 1911	67

Trata de resurgir el general Reyes después de su regreso	75
18 de febrero de 1913	87
22 de febrero de 1913	93

PRESENTACIÓN

El quehacer político, la política y los políticos hoy se encuentran en la disyuntiva de la participación ciudadana como elemento clave para la toma de decisiones que nuestro país requiere. La política ha dejado de ser una ideología definida, como lo fue en las décadas pasadas. Por más que nos empeñemos en hacer distingos ideológicos, sus bases son hoy tan difusas que poca fortuna tenemos al tratar de precisarlas.

Sin duda, son muchas las obras que, a lo largo del tiempo, han tratado de definir o circunscribir una determinada ideología, un determinado tipo de pensamiento o acción política. También son muchas las que en la actualidad analizan globalmente realidades, tratando de definir o, cuando menos, acercarse a los hechos ciudadanos como parte de las decisiones políticas, pero olvidan que las relaciones que las antecedieron son el objetivo de sus acciones presentes y futuras.

En este sentido, el Consejo Editorial de la Cámara de Diputados, durante la LXII Legislatura, ha trabajado para consolidar una vocación editorial que defina el carácter de nuestras publicaciones. Nuestra misión y visión nos han dado el marco perfecto para ello: “fortalecer la cultura democrática y el Poder Legislativo”. Así, se propuso recuperar las obras formativas de nuestra nación. Ya sea desde el periodismo y la crónica, ya

desde de la filosofía, el derecho y el quehacer legislativo, la conformación de una “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” permitirá la publicación de obras esenciales para entender el entramado complejo que es nuestra política actual.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación. Esto se prolongó hasta el afianzamiento como República por medio de las Leyes de Reforma, lo cual constituyó la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano. Su amplio recorrido durante dos siglos está representado en los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político.

Pensar hoy en la historia de nuestro país, nos obliga a ser más críticos. Por ello, el impulso de este Consejo Editorial para apoyar la difusión de la cultura política y el fortalecimiento del Poder Legislativo nos inspiran a acercarnos a las nuevas generaciones en su propio lenguaje y formas de comunicación. Pensar en los libros como una extensión de la memoria, como decía Jorge Luis Borges, nos motivó a buscar a los lectores ideales para nuestras publicaciones: los jóvenes. Hoy, su participación política es fundamental para México. Por esta razón, recuperar, en ediciones sencillas y breves, los escritos de quienes, desde sus distintas tribunas, han sido a la vez formadores y críticos de las instituciones que hoy nos rigen, nos ha permitido confiar en la recuperación del pasado más inmediato para seguir forjando la ruta del futuro más próximo.

Consejo Editorial
Cámara de Diputados
LXII Legislatura

FRANCISCO I. MADERO

A él me ligó una amistad entrañable, desde nuestra adolescencia hasta su muerte. Conocí íntimamente su modo de sentir y de pensar. Pude asomarme hasta el fondo de su alma, como a una fuente de agua diáfana y cristalina. Confundiendo el efecto con las causas, muchos creyeron en México —y algunos lo creen todavía— que mi adhesión a Madero y mi estrecha amistad con él provinieron del hecho de haber sido su secretario. El error es manifiesto; escogióme para secretario porque me sentía su amigo y me tenía confianza. El cargo fue resultante de la amistad y de la confianza, y no éstas de aquél.¹

¹ Francisco I. Madero, en *Mis memorias*, escritas en 1909, dice: “con Juan Sánchez Azcona trabé íntima amistad, la cual aún perdura y quizá aumente, si nos encontramos otra vez en el mismo medio, pues siempre he sentido gran simpatía por él. Desde que nos separamos en Europa, él se ha dedicado al periodismo y a la política; ha sido diputado al Congreso de la Unión varias veces y ahora es de los organizadores del Partido Democrático y del periódico *México Nuevo*. Si lucha con virilidad en la gran campaña electoral que se inicia, no será remoto que llegue a desempeñar papel importante en la próxima administración, pues es inteligente, íntegro y de grandes ideales...”, *Epistolario 1900-1909*, t. I, México, SHCP, SG, INEHRM, 1985, p. 5.

Terminada mi colegiatura en Alemania, mi padre exigíame que revalidara mis estudios en la Sorbona. Como él estaba entonces en Buenos Aires, al hacerme ir a París, delegó su paterna autoridad en el ilustre maestro don Ignacio Manuel Altamirano,² por entonces cónsul general de México en la Ciudad Luz. Resultó que, sobrándome materias estudiadas conforme al plan alemán, para revalidar el título, me faltaba precisar algunos estudios conforme al plan francés. Eran necesarios unos pocos meses de preparación para satisfacer los deseos de mi padre. El maestro me recibió amablemente en su casa; pero, para darme cierta dosis de libertad, necesaria para un estudiante en París, arregló que fuese a vivir después junto con unos buenos muchachos mexicanos, de muy distinguida familia, que tenían un piso en la Rue Pigalle y cuyos estudios vigilaba el profesor Serrano, español de origen, pero nacido en Francia, y de nacionalidad francesa. No hablaba español y él mismo pronunciaba su apellido a la francesa: *Serranó* (con la rr gutural, naturalmente).

Esos buenos muchachos eran los Madero: Ernesto, Manuel y José. Poco antes, habían regresado a México otros dos Madero: Evaristo y Gustavo. A la sazón, los visitaba mucho, y aun solía permanecer breves temporadas en la casa, un primo de ellos que había terminado sus estudios de ingeniero y que se perfeccionaba en trabajos de viticultura en la Gironda: Marcos

² Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893). Poeta, novelista, diplomático y político. A partir de 1867 dedicó su vida a la enseñanza, las letras y el servicio público. Fundó *El Correo de México*, en 1867, y *El Renacimiento*, en 1869, la revista literaria de mayor trascendencia en su tiempo, que renovó a las letras nacionales. Fue diputado del Congreso de la Unión en tres períodos. También fue cónsul general de México en España y Francia y representó a México en las reuniones generales en Suiza e Italia.

Hernández, “Marquitos” como todos le decíamos. (Un fatídico día de febrero de 1913, murió Marquitos, acribillado por las balas pretorianas y liberticidas, en el Salón del Consejo del Palacio Nacional.) Asimismo, tenían un sobrino que no vivía con ellos, porque estudiaba como interno en la Escuela de Altos Estudios Comerciales; sólo salía los sábados, para internarse, nuevamente, a la primera hora de los lunes. Se llamaba Pancho, y, durante la primera semana, muy frecuentemente me hablaron de él sus tíos, que le tenían gran cariño. De tal modo, con impaciencia, esperé el sábado para conocer al famoso Pancho.

Poco mayores que yo eran Ernesto y Francisco I. Madero, así como Marcos Hernández; poco menores, Manuel y José Madero. El primero, muy serio y enteramente consagrado al estudio, terminaba la carrera de ingeniero en la difícil Escuela Central de Artes y Manufacturas, célebre en el mundo entero, y en la que obtuvo su título poco después, con un hermosísimo número de salida. Manuel y José estudiaban aún en el Liceo Chaptal, preparándose para futuros estudios superiores. Yo opté por emprender mi requerido perfeccionamiento, mediante lecciones particulares con profesores de la Universidad y del Liceo Condorcet, repasando mis estudios matemáticos —los que más pena y menos amor me han proporcionado en mi vida—, así como con el mismo profesor Serrano, que vivía en el piso de la misma casa y cuya familia nos proporcionaba una buena asistencia.

Llegó el sábado y hube de conocer a Francisco I. Madero. Apareció menudo y sonriente. Apuntábale apenas el bigote y usaba “clavo” muy alargado, pero aún no tenía barba. Iba pulcramente ataviado de chaquet y tocado con sombrero de seda de copa alta, de alas semiplanas y relativamente anchas, como se usaban entonces entre catedráticos y estudiantes. Lo menudo

de su cuerpo y lo grande del sombrero hicieron que Manuel, riendo, lo comparara con una tachuela... Quedóle, así, el cariñoso apodo de “El Tachuela”. (Alguien ha circulado, en México, la versión de que, a causa de su perenne risa y de su constante bromear, sus condiscípulos franceses le apodaban “Chocolat”, que era el nombre de pista de un favorito *clown* de entonces; pero, a la verdad, yo nunca oí tal cosa en el tiempo en que convivimos.)

Simpatizamos en seguida. Coetáneos ambos, ambos con algunos “luises” en el bolsillo, avidísimo yo por acabar de conocer París (en donde aún era novato, porque antes sólo había estado allí en mi inocente niñez), y ávido él, por su parte, como todo estudiante interno, de aprovechar su salida semanal, decidimos irnos de paseo; y de tal suerte lo hicimos que, si mal no recuerdo —porque puede haber sido en algunas de las semanas subsiguientes—, seguimos juntos hasta que fui a acompañarlo, el lunes temprano, hasta la puerta de la Escuela de Altos Estudios Comerciales. Y esto, con buen divertimento de todo género, pues, en aquel entonces, Francisco I. Madero era afecto al solaz y a la expansión, y estaba muy lejos de ser el austero Apóstol que más tarde llegó a ser, y como se ha inmortalizado en la Historia al precio de su vida, acabada después de haber regado mucho bien y de haber sembrado semillas de redención que, aunque mustias y postradas hoy, estoy seguro de que han de reverdecer algún día.

Desde entonces, cada semana, pasábamos juntos largas horas, y nuestra amistad se estrechó. Claro es que no sólo discurríamos de frivolidades, sino también de cosas serias, hasta donde, por aquel entonces, podíamos entenderlas. A Madero no le interesaban las cuestiones políticas para nada; a mí, sí, como retoño de estirpe de políticos. Y me escuchaba con paciencia y

bondad, para después hablarme de sus estudios, de sus proyectos financieros e industriales para la hora de su regreso a la patria, así como de problemas del “más allá”, que mucho le preocupaban, y que no sé bien a bien cómo ni de dónde habían penetrado en su espíritu...

Con mi juvenil salida de la patria y mi larga permanencia en Alemania, éranme poco menos que desconocidos los progresos que México iba obteniendo en el orden material, así como su extraordinaria potencialidad. Pero Francisco I. Madero, de familia agricultora, industrial y comercial, sí los conocía bien, y me hablaba de ellos con gran entusiasmo, expresándome sus propósitos de terminar pronto sus estudios, para regresar a México y consagrar todos sus esfuerzos al progreso de la patria, a la vez que a labrarse en lo personal una posición independiente. Porque en la patriarcal familia de los Madero, millonaria desde el tronco ancestral, había la costumbre de que los varones, una vez terminada su preparación escolar, se establecieran por cuenta propia y en negocios propios, para atender a su subsistencia y para crearse fortuna personal. Ciertamente, encontraban muy allanado el terreno para sus empresas, merced a la influencia política, financiera y social del abuelo don Evaristo³ –“Papá Evaristo” le decían hijos y nietos–, pero éste les exigía que desplegasen actividad propia y definiesen prácticamente sus capacidades de vida y de medro. Por lo tanto, Francisco I. Madero, aunque rico de nacimiento, se aprestaba a una vida de lucha y de trabajo.

³ Evaristo Madero Elizondo (1828-1911). Militar, político y empresario. Fue gobernador de Coahuila, del 15 de diciembre de 1880 al 1º de mayo de 1884.

Su intención era establecerse en su estado natal, Coahuila, para emprender grandes trabajos agrícolas. Como buen lagunero —era hijo de San Pedro de las Colonias—, el cultivo del algodón le atraía. Y como este cultivo es inevitablemente subsidiario de un buen sistema de irrigación, el joven Madero, desde París, pensaba en la construcción de presas y en la distribución de aguas.

Con tales proyectos, seguía tranquilamente sus estudios en la Escuela de Altos Estudios Comerciales en la que, por su bondadoso y alegre carácter natural, era muy popular entre sus compañeros. Era la época del pleno florecimiento de la novela en Francia; vivían los principales maestros modernos del *roman* y producían incesantemente. Todos los estudiantes latinoamericanos que estábamos en París establecíamos competencias para ver quién lograba leer primero el libro publicado más recientemente. Sólo Madero desdeñaba las novelas; no le interesaban para nada y, en cierta ocasión, me dijo que, en materia de novela, le bastaba con Balzac,⁴ cuyas obras completas poseía. Su lectura favorita era la Historia, y, como en su escuela el estudio de esta materia era muy secundario, Madero lo emprendió fuera de las aulas, valiéndose de los mejores autores. Aparte de la historia, le preocupaba la teosofía. Sufren un gran error los que, por ligereza o por espíritu de crítica y de burla, han considerado a Francisco I. Madero como un espiritista de tres al cuarto, de los que sólo se dedican a consultar el trípode. Madero exploraba los misterios del karma y era

⁴ Honoré de Balzac (1799-1850). Novelista francés. Representante de la novela realista del siglo XIX. De su extensa obra, destaca la serie denominada *La comedia humana*, compuesta por 95 obras, entre novelas, relatos y ensayos políticos.

muy erudito en filosofía hindú.⁵ Conmigo poco hablaba de estas cosas, desde que descubrió que no me atraían mayormente. Yo era entonces neófito en la filosofía comtista y, como neófito, casi fanático de ella. Por eso Madero me llamaba “materialista”, pues formaba parte de esa legión de hombres cultos que no han querido o podido comprender la honda espiritualidad y la rígida moral del positivismo comtista. Mas, a pesar de esta divergencia de sentir filosófico, nuestra amistad fue muy estrecha y sincera, cimentada en recíproco afecto y en estricto respeto de nuestras ideas respectivas.

Terminé mis estudios antes que él, y regresé a México. Como casualmente hube de ser compañero de travesía de su familia paterna, desde El Havre hasta Nueva York, a bordo del trasatlántico La Bourgogne, Panchito Madero, mi gran amigo, fue a despedirnos hasta el primero de dichos puertos; y recuerdo que, cuando el lujoso barco (que años más tarde se perdió en trágico naufragio) zarpó del embarcadero de El Havre, mi joven amigo Madero, tripulando un bote con remeros, nos acompañó saludándonos mientras la velocidad del trasatlántico lo permitió.

No volví a verlo en algunos años, pues, una vez que dio cima a sus estudios en Francia, vino a Coahuila y, en seguida marchó a California (donde terminaban de educarse sus hermanos

⁵ Madero en sus *Memorias* acota: “en aquella época no tenía yo ninguna creencia, así es que no tenía ninguna idea preconcebida, lo que me puso en condición de juzgar al Espiritismo de un modo desapasionado e imparcial. Con gran interés leí cuanto número encontré de la *Revue Spirite* y luego me dirigí a las oficinas de la misma publicación que es en donde existe la gran librería espirita. Mi objeto era comprar las obras de Allán Kardec que había visto recomendadas en la revista. No leí esos libros, sino los devoré...”, en *op. cit.*, p. 4.

menores), con objeto de perfeccionar ciertos estudios especiales sobre cuestiones agrícolas y de irrigación, así como de acabar de dominar la lengua inglesa, que ya conocía. Fue en California donde Madero conoció a la que más tarde había de ser su esposa, la joven doña Sara Pérez,⁶ oriunda de San Juan del Río, “Santa Sarita”, como le hemos llamado después todos los amigos íntimos que tuvimos oportunidad de conocer y de aquilatar su abnegación y sus virtudes.

Madero tornó a México y se estableció en Coahuila, trabajando empeñosamente en la agricultura. Construyó una gran presa, que todavía rinde grandes beneficios a la región, y se hizo adorar de sus peones, por cuyo bienestar material y moral se preocupó sin cesar. Estableció escuelas, condonó viejas deudas que encontró entre los peones de sus fincas; procedió, en fin, como él soñaba que deberían proceder todos los grandes terratenientes de nuestro país, mucho antes que la ley les exigiera lo que Madero implantó espontáneamente; de modo que, cuando él predicó determinados procedimientos altruistas, no era un soñador utopista (como muchos lo creyeron), porque ya había experimentado prácticamente que lo que él venía proclamando era positivamente realizable, con sólo prescindir un poco del egoísmo que —por desgracia para la Nación y por desventura, después, para ellos mismos— ha solido caracterizar a la mayor parte de nuestros latifundistas.

⁶ Sara Pérez Romero (1870-1952). Se casó por lo civil con Madero el 26 de enero y la ceremonia religiosa se celebró el 28 de enero de 1903. Sara Pérez y Francisco I. Madero no tuvieron hijos. Tras el asesinato de su marido, se refugió en Cuba; posteriormente, se exilió en Estados Unidos y, en 1921, regresó a México, donde residió hasta su muerte.

Consagrado a las labores de la tierra, y sin ser entonces el austero varón que más tarde llegó a ser (pues es fama que le gustaba todavía divertirse), hubo de palpar los abusos del cacicazgo local. Entonces, por vez primera, se interesó en la política; pero no con aspiraciones personales, sino con miras de justicia y de mejoramiento colectivo. Comprendió y sintió el apremiante deber que tiene todo ciudadano consciente de cooperar con su grano de arena en el esfuerzo público por mejorar las condiciones de vida de los pueblos de los que forman parte. Así, en luchas municipales, primero, y estatales, más tarde, hizo sus primeras armas para establecer en México la política orgánica. Habían transcurrido algunos años desde nuestro regreso de Europa, y yo, por entonces, estaba ya por completo dedicado al periodismo político. Madero púsose en contacto conmigo, recordando nuestra vieja e íntima amistad. Pero yo encontraba sus propósitos demasiado audaces y radicales, pues nunca creí que fuera factible alejar del poder al general Porfirio Díaz,⁷ mientras no muriese. De aquí que, aunque conservando incólume nuestro afecto, Madero y yo tuviésemos entonces divergencias de criterio en puntos concretos de procedimiento inmediato, aunque no en finalidades democráticas. Eran los fines del año de 1908. Yo acababa de fundar, con otros amigos, el Club Central del Partido Democrático, y, al propio tiempo, en muy modestas proporciones,

⁷ Porfirio Díaz (1830-1915). Militar, político y estadista. Candidato a la presidencia por el Partido Progresista, fue derrotado por Juárez y, a la muerte de éste, en 1872, se sublevó contra Lerdo de Tejada. En noviembre de 1871, lanzó el Plan de La Noria, en el que se pronunciaba contra el reeleccionismo, a favor de la Constitución de 1857 y de la libertad electoral. En 1876, accedió a la presidencia. En 1880, la Cámara lo declaró presidente constitucional. Gobernó el país durante más de treinta años.

mi después célebre diario *México Nuevo*. En las páginas de éste por aquella época, pueden leerse varias cartas que intercambiamos, Madero y yo, acerca de nuestras respectivas apreciaciones sobre el momento político. Es muy triste que los que hoy estudian el movimiento de 1910 y su consecuente revolución económico-política-social desconozcan aquellos prolegómenos, porque ellos indican, claramente, aunque a grandes lineamientos, que nos dábamos exacta cuenta de todo lo que pudiera sobrevenir.

Ya en 1909, y establecido el Partido Antirreeleccionista, estuve en completo acuerdo con Madero, y, después de la Convención de 1910, me declaré abiertamente su partidario.

* * *

Los críticos de Madero, juzgándolo desde muy lejos, le han atribuido dos características principales: insuficiencia cultural y debilidad de carácter. De ellas, tratan de derivar otras secundarias, que, de aquéllas, serían consecuentes: empirismo en la orientación, indecisión en la acción, veleidad en las actitudes, inconsciencia de las consecuencias, etcétera, etcétera.

Pues bien, yo afirmo que aquellas características no existieron en Madero.

Su instrucción y su cultura tuvieron un nivel muy superior al promedio que, en la sociedad, presenta un hombre al que solemos llamar ilustrado y hasta erudito. No fue su preparación áulica de aquellas que llevan al cultivo de las bellas letras, de las bellas artes y de las abstractas investigaciones en el devenir de las ciencias, ni tampoco de las que conducen a inventos y descubrimientos de la ciencia aplicada (aunque sí llegó a patentar algún invento industrial).

Hizo un curso brillante y completo en la más exigente de las altas escuelas comerciales que existen en el mundo, y, además de eso, leyó constantemente a los autores literarios, filósofos y científicos que fueron de su predilección, de tal suerte que, por autodidáctica, y bien preparado para la vida material, económica, industrial y agrícola de su tiempo, Madero estaban grandemente preparado para toda la Vida Misma.

(En estos últimos tiempos tengo misivas claudicante-disculpantes —¿se me entiende?— de individuos que, por abolengo político, deberían seguir siendo maderistas y quienes se disculpan por sus agresiones personales con el hecho de confesarse incultos e incapaces de comprender ciertas cosas, aunque se sienten íntegramente “revolucionarios” y patriotas... ¡Como si fuera posible ser de veras una y otra cosa sin cultura!)

La ilustración de Madero, sin ser técnicamente comparable a la de los principales colaboradores del general Díaz en sus ramos respectivos, fue muy superior a la de los que no eran colaboradores principales (ni remotamente puede ocurrirse compararla con la “ilustración” de los “directores” de hoy). Y como la cultura no es sino la armonía entre el saber, el sentir y el obrar, la personalidad cultural, ética y moral de Madero fue muy superior a la de todos los otros.

¿Que era débil, dicen sus críticos?... Yo pregunto, ¿qué debe entenderse por debilidad?... ¿Acaso el valor civil de rectificar equivocaciones? ¿O el horror al derramamiento de sangre y la inclinación al perdón? ¿O la facultad de *saber escuchar* a los bien intencionados y mejor preparados para recoger sus sugerencias y, en determinados casos, seguir sus consejos?

Pues ésas y sólo ésas fueron las “debilidades” de Madero, las cuales, en mi concepto, son fortalezas en un gobernante. Pecó, quizá, Madero de exceso de confianza en los hombres,

suponiéndolos, en lo general, de igual pureza moral y de igual alteza de miras que él mismo. Esa virtud lo perjudicó a menudo y fue la causa eficiente de la traición de que fue víctima. Pero de ninguna manera fue débil en el sentido de carecer de voluntad propia, ni podría ser comparado a una veleta caprichosamente movida por los vientos, como algunos han pretendido. No: los que muy de cerca lo vimos y pudimos seguir todas las voliciones de su espíritu estamos persuadidos de que Madero tenía un gran carácter, un verdadero carácter, además de haber poseído el más grande de los corazones.

Cuando él, tras madura reflexión, tomaba una resolución en definitiva, nada ni nadie le hacía cambiar la ruta que se había trazado. Ni en la energía ni en la condescendencia. Era un acero rectilíneo, pero que nunca supo herir.

En su poder, no quiso matar a los fuertes enemigos que se habían rebelado contra él, a sabiendas de que, con un acto inmediato de extremo rigor, quedaba conjurado todo peligro para su régimen. Cerró sus oídos a todas las numerosas y apremiantes insinuaciones que lo invitaban a dar castigo cruento. Prefirió exponerse a todos los peligros que mancharse con sangre.

Esa benignidad, ese horror al homicidio, son señalados como debilidades en el gobernante; pero, si bien se considera, fueron fortalezas que grabaron una saludable ficción en la conciencia nacional, lección que algún día ha de dar sus frutos.

Sin embargo, de haber sido así, el ilustre periodista don Nicolás Rivera, al dar cuenta de la aprehensión y caída de Madero, hacía este comentario: “Hay que convenir en que Madero es un hombre tenaz y fríamente cruel. Cayó como Robespierre, aunque con más fortuna que éste, porque al fin no será herido ni probablemente será guillotinado”. (*Diario de la Marina*, febrero 19 de 1913.)

Entonces, ¿en qué quedamos?... ¿Fue Madero un débil o *un hombre tenaz y fríamente cruel?*... Ni lo uno ni lo otro. Fue un fuerte, con altísima conciencia moral.

Mi venerable amigo don Rafael de Zayas Enríquez lo tilda de haber sido “un joven inexperto” que no podría haber curado los males de la patria. ¿Intentaron, siquiera, curarla los viejos expertos de entonces?

Empezaba a escribir sus *Memorias* cuando fue herido por la traición y la muerte alevosa. Sólo quedaron algunas cuartillas en poder de la egregia viuda. Pero, antes, Madero había escrito un libro, un gran libro: *La sucesión presidencial en 1910*. Aunque referente a una situación concreta, este libro es un compendio de moral gubernamental y democrática, y debería reimprimirse, para más amplio conocimiento y provecho de los mexicanos. Basta ese libro para crear una escuela, ya que las circunstancias de nuestra vida pública apenas se han modificado en esencia, y ese libro es esencial. Gracias a él, el maderismo puede existir como doctrina y como norma de acción política, aun después de materialmente desaparecido el Apóstol.

EL MADERISMO FUE UNA COSA DISTINTA DEL MAGONISMO

Es innegable que el valiente batallar (sostenido a prueba de persecuciones y de sufrimientos), de los hermanos Flores Magón y de sus amigos, para mantener vibrante el sentimiento de protesta contra la dictadura en los sectores proletarios de la Nación y despertarlo en otros, constituyó positivamente una eficaz preparación para la revolución de 1910. Nadie lo ha negado, ni osaría negarlo. Pero de esto a que el movimiento maderista, al estallar, haya “encontrado ya la mesa puesta”, como ha afirmado don Enrique [Flores Magón], hay mucha diferencia.¹

El maderismo no fue una *continuación* del magonismo, ni por su organización ni por sus tendencias. Fue una cosa nueva en nuestra historia política, según lo han reconocido los mismos

¹ Javier Garcíadiego señala: “los hermanos Jesús y Ricardo Flores Magón, hijos de un oaxaqueño juarista y avendados en la ciudad de México, cursaron estudios jurídicos y publicaban el periódico opositor *Regeneración*. [...] Por medio de *Regeneración*, durante un tiempo, siguieron proponiendo métodos pacíficos de lucha y se mantuvieron afines a la ideología liberal: así lo demuestra su Programa del Partido Liberal, redactado en 1906. Luego de rebasar a Arriaga, Ricardo Flores Magón encabezaría el tránsito hacia la ideología anarquista...”, en “La Revolución”, *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 2004, p. 227.

señores Flores Magón, en repetidas declaraciones escritas, tanto de don Ricardo como de don Enrique. Por lo que respecta a don Jesús, que formó parte de la administración maderista, al frente de la Secretaría de Gobernación, siempre lo reconoció así, oficial y extraoficialmente, y me lo repetía de palabra todavía hace muy poco tiempo, dos semanas antes de su inesperada muerte.

Al advertir el empuje con que estallara el movimiento armado de los maderistas, con asombrosa repercusión por todos los ámbitos de la Nación y con arrolladora potencia, en documentos oficiales de su Partido, don Ricardo Flores Magón lo declaró “burgués” y recomendó a sus partidarios “que se aprovecharan de aquel movimiento para desvirtuar sus tendencias con habilidad y ganar terreno en favor de sus propios predicados”, sin haberlo logrado al fin. Precisados así los hechos, ¿quién estuvo en real capacidad de presentar provecho a quién?... Por lo demás, es un hecho comprobado que los más connotados elementos del Partido Liberal, en la acción y en la orientación, se fundieron en el maderismo, sirviéndole sin reservas y, en muchos casos, con singular relieve, pero totalmente desligados ya de los señores Flores Magón, cuya actitud ulterior francamente reprobaron.

LA SUPUESTA “BURGUESÍA” DEL MADERISMO

En su prensa y en sus escritos privados, lo mismo que en sus predicaciones, los señores Flores Magón usaron siempre la caótica y anfibológica terminología corriente entre las entonces incipientes agitaciones de los socialistas europeos de acción, que, a la sazón, aún no estaban organizados y definidos como hoy lo están, ni prometían capacidad para constituirse en

partidos de gobierno, capacidad que hoy empiezan a tener, alumbrados por los horizontes que ha abierto la moderna socialdemocracia. Las teorías positivas de Carlos Marx² eran sólo patrimonio del conocimiento, del análisis y de la comprensión de unos cuantos. No se podía hablar a los pueblos con la voz de Marx. Los líderes directos, que agitaban a los pueblos, impulsados por un anhelo instintivo de renovación social, se titulaban a sí mismos “socialistas revolucionarios”, lo cual no precisa nada en política positiva y sólo sugiere una tendencia exclusivamente destructiva. Se guiaban, en su mayoría, por las confusas doctrinas acrítico-comunistas de Miguel Bakunin,³ las cuales, por su propia naturaleza, eran interpretadas diversamente en cada latitud y en cada momento.

Para los hombres de ese estado mental en materia política, eran “burgueses” todos aquellos que, sin pertenecer a las clases privilegiadas de las hegemonías sociales (sangre azul, clero, capital, militarismo, burocracia, etcétera), sin embargo, se negaban a seguirlos ciegamente; y, por ampliación de sentimiento combativo, llegaban a englobar en su concepto de “burguesía” también a esas clases privilegiadas. En resumen, para los hombres de ese estado mental en materia política, eran “burgueses” todos aquellos que no estaban incondicionalmente con ellos; de la misma manera que, entre nosotros, hay quienes tiendan a llamar “reaccionario” a todo aquel que no apruebe

² Karl Marx (1818-1883). Filósofo, intelectual y militante comunista alemán. Junto con Federico Engels redactó el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848). Sus obras *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y *El Capital* (1867) significaron una revolución en la ciencia económica.

³ Mijaíl Alexandrovich Bakunin (1814-1876). Teórico político y anarquista ruso. Considerado el principal ideólogo del anarquismo.

y aplauda incondicionalmente todos los actos y procedimientos del grupo gobernante.

La historia positiva se ha encargado, empero, de demostrar que, entre los supuestos “burgueses”, ha habido hombres de mayor eficiencia “revolucionaria”, en provecho de las masas proletarias, que entre los mismos agitadores “socialistas”.

Si, porque el Jefe de la Revolución de 1910, Madero, era millonario y descendiente de millonarios, se pretende afirmar que su movimiento tuvo por mira favorecer a las clases pudientes en detrimento de las desheredadas y oprimidas, se incurre en error y se proclama una mentira. Para de ello convencerse, basta leer los escritos y proclamas de Madero durante su actuación cívica que precedió al movimiento revolucionario por él encabezado, y basta leer el Plan de San Luis Potosí,⁴ que fue su bandera revolucionaria. En esos documentos, está específicamente señalada la acción maderista en favor del proletariado.

¿Quiénes siguieron a Madero con las armas en la mano?... Rancheros, campesinos, obreros, peones, ferrocarrileros subalternos, maestros de escuela y algunos soñadores del proletariado intelectual. Tan es así que los oligarcas y aristócratas llamaron al maderismo “el Partido de la Tilma y el Huarache”.

¿Que Madero desconocía las necesidades del campesino y del obrero y no podía, por ende, comprenderlas ni tratar de remediarlas?... Inexacto, rotundamente. Precisamente, como patrón agrícola e industrial, Madero conocía las necesidades de los proletarios del taller y del campo, e incontables veces, como *patrón*

⁴ El Plan de San Luis fue promulgado el 5 de octubre de 1910. Este documento convocaba al levantamiento el 20 de noviembre para derrocar a Díaz, llevar a cabo elecciones libres y democráticas, y restituir las tierras arrebatadas a los campesinos. Sánchez Azcona fue uno de sus redactores.

también, dio ejemplos preclaros de su amor a esos humildes, elevando sus salarios, cancelando sus deudas y mejorando sus condiciones de vida, tanto materiales como morales. En sus fincas de campo, sostenía escuelas para los hijos de los labradores y proporcionaba de su peculio eficaz auxilio, médico y pecuniario, a todos, en casos de enfermedad. Madero, aun siendo patrón, fue siempre un defensor y un protector de los asalariados.

La revolución maderista perjudicaba a las clases pudientes, ya que ponía un hasta aquí a los injustos e ilegales privilegios de que venían disfrutando y, marcaba coto a los incalificables abusos que solían ejercer. Daba fuerza a los oprimidos, a los de abajo, para defenderse y para dignificarse, y, en consecuencia, mermaba el poder de la clase rica, a la que él mismo y los suyos pertenecían. Al iniciar su vida política y revolucionaria, Madero poseía un capital personal de cerca de dos millones de pesos; al terminar la campaña, ese capital quedó reducido a la centésima parte. Esto me consta.

En realidad, la causa de que los directores del Partido Liberal magonista repudiaran la revolución maderista, y se rehusaran a incorporarse y a sumarse a ella, fue la de que, con ello, perdían una jefatura, siquiera fuera nominal e ilusoria, que se imaginaban venir ejerciendo de tiempos atrás y que ellos mismos se habían otorgado por sí y ante sí.

EL PORQUÉ DE LA JEFATURA DE MADERO

Tildan los señores Flores Magón de ambición personal y de imposición arbitraria el hecho de que, al desconocer Madero, en el Plan de San Luis Potosí, la legitimidad del gobierno del general Díaz, asumiera él mismo la presidencia provisional de

la República, para dirigir, con tal carácter, el movimiento armado. Pretenden que la dirección de éste debió haber quedado confiada a una Junta Revolucionaria, la cual iría disponiendo lo conducente, a medida que el territorio nacional fuese siendo dominado por las fuerzas insurgentes, y dejando en libertad al pueblo para escoger después a su “amo”, si es que quería seguir teniéndolo todavía.

Un superficial examen de los hechos basta para destruir aquellos cargos y para desechar el procedimiento propuesto.

Madero había apelado al supremo y doloroso recurso de las armas, después de haber agotado, hasta el extremo, todos los medios institucionales para satisfacer la genuina voluntad popular. Su candidatura para la presidencia de la República, en frente de la oficial del general Porfirio Díaz, había surgido de una Convención democrática, en la que todas las agrupaciones independientes de la República, por libre votación de sus legítimos delegados, expresamente confiaron a Madero la jefatura del esfuerzo renovador que se emprendía. A pesar de atropellos y de persecuciones, todos los partidarios de esa candidatura popular fuimos a las urnas electorales, y quedamos convencidos de nuestro triunfo en ellas, triunfo que trataron de arrebatarnos por un escandaloso y evidente fraude electoral, aderezado por los sicarios de la dictadura. Sin embargo, todavía no perdimos la calma e intentamos el último recurso, aun a sabiendas de que íbamos a fracasar en él: pedimos al Congreso la nulidad de las elecciones, apoyándonos en hechos y circunstancias de estricta comprobación. Nada logramos. Desde ese momento, no quedaba más que esperar la opción del pueblo, o por la resignación o por la revolución. Muy pronto nos persuadimos, sin temor de equivocación, de que el pueblo optaba por la última y que confería lógicamente su

jefatura a Francisco I. Madero, a quien consideraba como presidente efectivamente electo, y fraudulenta y brutalmente burlado.

Así, pues, desde el momento en que Madero supo responder a ese *llamado*, le correspondía la jefatura del movimiento armado; y le correspondía, también, el carácter de presidente, supuesto que la mayoría de la Nación lo reconocía como tal y sólo él estaba en aptitud de armonizar y de consolidar el movimiento para llevarlo al triunfo en el menor tiempo y con la menor efusión de sangre que fueran posibles, como en efecto lo logró.

Por otra parte, equivocados estaban los señores Flores Magón si creyeron que Madero dirigía la revolución autocrática y caprichosamente. Existió en normal y eficaz funcionamiento una Junta Consultiva de la Insurrección Nacional (de la que formamos parte correligionarios bien conocidos en toda la República), cuyas sugerencias eran siempre escuchadas y justipreciadas por el presidente provisional. Entiendo que a los señores Flores Magón se les invitó también a conferenciar, pero que no aceptaron la invitación. En cambio, muchos de sus antiguos partidarios sí se unieron a nosotros desde el primer momento. Nunca fue Madero un *autocaudillo*.

¿FUE MERAMENTE POLÍTICO EL MOVIMIENTO MADERISTA?

Un cargo muy socorrido en la circulación, y que los señores Flores Magón también incluyen entre los suyos, es el de que el movimiento maderista fue de carácter mera y exclusivamente político. El lema de la insurrección de 1910 —*Sufragio Efectivo. No Reelección*— se prestaría ciertamente a creerlo así (pues los dos postulados son de índole netamente política), si no

fuera porque es bien sabido que la necesaria brevedad de los lemas de esa clase no permite consignar en ellos sino postulados genéricos e *inmediatos*.

Tratándose de un movimiento revolucionario, enderezado a obtener una transformación social, el lema no podía contener sino los *desiderata* cuya realización se consideraba como básica y generadora de la posibilidad de obtener... todo lo demás, todo lo demás substantivamente señalado en el Plan-programa, una vez removidos los obstáculos inmediatos que a esa posibilidad se oponían. En nuestro caso, los obstáculos inmediatos eran de carácter político: había que removerlos y, en consecuencia, el primer aspecto del movimiento tenía que ser esencialmente político. Dominado el obstáculo político inmediato, quedaba propicio el campo para la cultura de los postulados sociales, económicos y morales contenidos en el Plan-programa, como finalidades subsiguientes y sólo realizables después de la remoción de aquel primer obstáculo. Pero de hecho, según se ha palpado en sus consecuencias, el movimiento maderista fue político-económico-moral, dentro de la tendencia social democrática, la cual tiene mucho de socialismo bien entendido, pero nada de comunismo ni de anarquía.

Don Ricardo Flores Magón escribía así a sus partidarios, el 16 de noviembre de 1910 (los comentarios en cursivas son míos):

Madero está precipitando un movimiento personalista (*sic!*), que tendrá principio el día 20 de este mes... El Partido Antirreeleccionista sólo quiere libertad política, dejando que los acaparadores de tierras conserven sus vastas propiedades, que los trabajadores sigan siendo las mismas bestias de carga y que los frailes continúen embruteciendo a las masas. El Partido Antirreeleccionista, que es el de Madero, es el partido conservador (*sic!*) Madero ha

dicho que no pondrá en vigor las leyes de Reforma. (*¿Dónde, cuándo, cómo?*)

Esta muestra de la dialéctica usada por don Ricardo Flores Magón comprueba la ligereza con que solía juzgar las cosas y la osadía de su apasionamiento, aun cuando sus intenciones fuesen las mejores del mundo. Nunca pensó Madero en retrotraer al país al estado en que se encontraba antes de la Reforma. Era un entusiasta admirador de Juárez⁵ y de sus colaboradores reformistas, y veneraba su obra. Sí, es verdad que, como todo hombre de completa emancipación espiritual, respetaba todas las creencias religiosas y quería que fuesen respetadas por todos, pero sin admitir en la ley preponderancias sectarias, ni la intervención sectaria en la gobernación del Estado, ni el acaparamiento de la riqueza temporal por las sectas, persuadido de que todo eso es nocivo al procomún. Recuérdese su discurso en honor de Juárez, pronunciado en Puebla en junio de 1911, antes de ser presidente, en el que dijo que “no podía concebir la virtud en un sacerdote rico”. Madero era masón activo, con el grado 33. Si en el Plan de San Luis, al prometer el fomento de la pequeña propiedad agrícola, ofreció también garantías para la propiedad grande, no debe interpretarse ello como inclinación al latifundismo, sino simplemente como reconocimiento del hecho innegable de que existe determinada producción agrícola sólo explotable mediante la inversión de fuertes capitales, y que éstos no serían invertidos si no disfrutaban de

⁵ Benito Juárez (1806-1872). Político. Fue gobernador de Oaxaca de 1847 a 1852. Presidente de México de diciembre de 1857 a julio de 1872. El 7 de julio de 1859 expidió las Leyes de Reforma y, unos días después, el 12 de julio, la Ley que declaró nacionales los bienes eclesiásticos.

completas garantías. ¿Habrá alguien que se atreva a negar esta verdad universal?...

¿Que ofrecía prebendas y canonjías para que le siguiesen?... ¿A quién lo hizo nunca?... Deben saber, los que en tal punto detractan al Apóstol, que tanto él como los principales de sus amigos poseían mayor fortuna, antes de la Revolución y de la presidencia maderista, que después de ellas. Se podría hacer una interminable lista nominal. Ningún verdadero maderista lucró, ninguno se enriqueció, ni siquiera pretendió hacerlo, pudiendo haberlo hecho con facilidad. ¿Que alguno de los “de aluvión” haya pecado?... ¡Bah, esas son cosas individuales, pero no del grupo! A tanto valdría declarar ladrones a todos los antiguos revolucionarios magonistas, porque en 1911 uno de sus jefes consentía en ayudar a los maderistas en su primer intento de tomar Ciudad Juárez, con tal que se le garantizara a su grupo “el 75 por ciento del consiguiente saqueo...”

CÓMO SE FUGÓ MADERO DE SAN LUIS POTOSÍ

Ante el incontenible impulso de los antirreeleccionistas (quienes, en vista de los atropellos sufridos, anhelaban levantarse en armas), y dada la manera como venía fraguado su proceso, el candidato Madero no hubiera podido permanecer preso en la ciudad de San Luis Potosí sin que su vida corriera inminente peligro, a la menor agitación de sus correccionarios. Virtualmente, estaba como rehén y su prisión detenía el movimiento libertario. Ya hemos visto, en otros reportajes, cómo se pensaba en hacerlo desaparecer. Lo supo a tiempo y decidió fugarse. No era fácil el intento y se requería, para realizarlo, una gran dosis de valor, de previsión y de sangre fría.

Personas que el público tiene por sesudas se han atrevido a asegurar que el gobierno facilitó la fuga de Madero.¹ Nada es más inexacto. Este reportero retrospectivo ha debido recurrir

¹ Madero fue aprehendido en Monterrey, en junio de 1910, bajo los cargos de conato de rebelión y ultraje a las autoridades; posteriormente, fue trasladado a la penitenciaría de San Luis Potosí, de donde se fugó el 6 de octubre. Un día antes, se lanzó el Plan de San Luis, el cual se redactó en realidad en San Antonio, Texas, como explicará Sánchez Azcona.

a su viejo y muy querido correligionario, el general y doctor don Rafael Cepeda,² principal organizador de la fuga de Madero, para reconstruir el importante suceso al que no le fue dado asistir. Y tuvo tan buena suerte en su empeño, que, a continuación, transcribe el relato fiel y detallado que el general y doctor Cepeda se ha prestado a hacer sobre el particular:

El señor Madero en esa época tenía la ciudad por cárcel y era vigilado muy de cerca por la policía local; acostumbraba, intencionalmente, hacer un paseo diario por las mañanas y por las tardes, acompañado de algunos de sus amigos, por distintos rumbos de la ciudad. Ya en esos días, se estaba desarrollando, con gran actividad, la propaganda y la organización revolucionaria en toda la República, aunque sin haberse fijado aún la fecha en que debería estallar el movimiento, que ya dos veces se había intentado y se había suspendido oportunamente, el 14 de julio y el 15 de septiembre de 1910.

El señor Madero tenía el propósito de verificar la fuga por tierra, a caballo, cuando estuviera próximo a estallar, simultáneamente, el movimiento en toda la Nación, para ponerse en un lugar seguro, ya fuera dentro del país o en el extranjero, y me comisionó para su organización. Salí, con tal objetivo, de la ciudad, rumbo a los pueblos del norte de San Luis Potosí y del sur de

² Rafael Cepeda de la Fuente (1872-1947). Médico y militar. Fundó, en San Luis Potosí, el Centro Antirreeleccionista Potosino. En octubre de 1910, ayudó a la fuga de Madero de San Luis Potosí y escapó, junto con Roque Estrada, hacia Texas, unos días después. Fue gobernador de San Luis Potosí, de septiembre de 1911 a marzo de 1913, y gobernador de Nuevo León, del 5 al 11 de enero de 1915. Venustiano Carranza lo nombró gobernador provisional del Estado de México, de agosto de 1916 al 15 de enero de 1917.

Nuevo León, a fines de septiembre de 1910, a la vez que salían en propaganda y organización revolucionaria, rumbo al norte de la República, los compañeros Felipe Camarena y Silvino García, quienes fueron sorprendidos en su propaganda en un cuartel de la ciudad de Monterrey y aprehendidos el 1º de octubre. Esto originó que redoblaran la vigilancia contra el señor Madero y dieran orden para su reaprehensión y orden de aprehensión para mí, que era presidente del Centro Antirreeleccionista Potosino, y me encontraba en esos momentos en Dr. Arroyo, Nuevo León, poniendo de acuerdo y en comunicación al compañero José Ignacio Azcárate con los compañeros Antoino Nieto Macías (del Rancho de Tenorio, S.L.P.), Martín Flores (de la Villa de Guadalupe, S.L.P.) y Antonio Torres (de Matehuala, S.L.P.), para los efectos de la fuga.

Al comunicarme el presidente municipal, quien era partidario nuestro, la orden de aprehensión que acababa de recibir, me facilitó la salida secretamente rumbo a la ciudad de San Luis Potosí, adonde llegué directamente a la casa del señor Madero, a las 10 de la mañana del día 4 de octubre. Allí lo encontré conferenciando con el compañero Francisco Cossío Robelo,³ quien recibía las últimas instrucciones para la organización del movimiento en el centro y sur de la República. Lo puse en conocimiento de los trabajos que había hecho y de lo que pasaba, y, como él ya tenía conocimiento en esos momentos de las órdenes de aprehensión,

³ Francisco Cossío Robelo (1880-1946). Militar y periodista. En 1909, conoció a Madero, siendo jefe de redacción del periódico *México Nuevo*, que dirigía Sánchez Azcona. Miembro del Partido Antireeleccionista, apoyó la campaña maderista, tanto en lo político como en lo militar, en 1910. En 1911, volvió al periodismo por un breve lapso, como redactor del rotativo *Nueva Era*. A partir de 1913, luchó contra el gobierno de Huerta. Militó en las filas constitucionales.

acordamos que, con urgencia, se verificara la fuga esa misma noche, en la forma en que se pudiera; antes de despedirnos, convinimos en que esa tarde, al salir a su paseo de costumbre por la Calzada de Guadalupe, se quedaría, sin ser visto, en la casa del compañero Julio Peña, adonde le comunicaría la forma en que se arreglaría la salida de la ciudad esa misma noche.

Al salir de la casa, la policía trató de aprenderme, pero pude escapármele, hasta entrar a mi casa, que estaba cerca. En el trayecto, encontré a Cossío Robelo, que trató de unirse conmigo, pero, al ver a la policía que me perseguía, cambió de dirección; la policía se apostó en la puerta de mi casa y sitió la manzana, pero yo, sin perder tiempo, salté las tapias, salí a la calle por la carrocería del señor Juan V. Torres y tomé un coche cerrado que me condujo al barrio de Montecillo, a la casa de la señora Juana Sandoval, viuda de Rodríguez. La policía no se dio cuenta y prolongó el sitio de mi casa por diecisiete días más, creyendo que estaba yo enfermo en el interior.

Inmediatamente que me vi libre, mandé llamar al señor Paulino Murillo, que era agente del Express del F. C. Nacional, quien localizó al agente del Express que debería salir el día 5 en la mañana para Laredo, y lo puso de acuerdo en que, al detenerse el tren en la estación de bandera El Peñasco, tuviera cerrada la puerta del carro que da frente a la estación y abierta la del lado opuesto, que da al campo. Convinimos en que el compañero Víctor Nava pasaría a las dos de la mañana del día 5 por el señor Madero a la casa de Julio Peña, y, a esa hora, los conduciría a pie hasta la estación El Peñasco, para que allí subiera al Express el señor Madero y, al carro de segunda, Julio Peña. El mismo Nava se lo comunicó al señor Madero, para que estuviera prevenido. Así se hizo, y el señor Madero, sin ir disfrazado, subió al Express, a las 7 a. m. del día 5 de octubre de 1910; pero tuvo la sorpresa

(que, por fortuna, fue pasajera) de que ese día agregaron otro carro Express al tren, y, sin estar de acuerdo el ayudante que lo conducía, también llevaba cerrada la puerta que da a la estación y abierta la que da al campo. El señor Madero subió a este carro, en lugar de al otro, dándole buen susto al ayudante, que le preguntó qué deseaba. Le contestó el señor Madero, diciéndole quién era y que había subido al carro porque le habían dicho que todo estaba arreglado para conducirlo hasta Laredo. Entonces, el ayudante se repuso de la sorpresa y le manifestó su conformidad.

A la estación siguiente, ya iban comunicados el agente, señor F. Maldonado y el ayudante, un joven Espinosa, de Saltillo, y le prepararon su escondite tras de las petacas del Express. Al llegar a Laredo, se detuvo el tren antes de llegar a la estación, para que bajara, y, junto con Peña, tomó un coche que, para el efecto, tenían preparado los mismos ferrocarrileros, porque todos eran sus simpatizantes, para que, antes de que entrara el tren a la estación, ya el señor Madero fuera pasando el puente, sin dar a sospechar que fuera pasajero, puesto que, apenas en ese momento, iría llegando el tren a la estación.

Al llegar al lado americano, el señor Madero no pudo reprimir su entusiasmo, y se dio a reconocer. La noticia cundió en el acto por todas partes.

Ya arreglada la salida como queda dicho, procedí, de acuerdo con la familia de la señora viuda de Rodríguez, y con la familia del ferrocarrilero Jerónimo Mazcorro, a organizar un día de campo, para que las familias salieran en el mismo tren del día 5 a la estación El Peñasco, con objeto de que se detuviera el tren lo suficiente para que lo abordara el señor Madero, mientras las familias bajaban muy despacio de todos los carros por el frente de la estación, para llamar la atención de los pasajeros, tal como sucedió.

Ya organizado todo esto, y con el conocimiento del fugitivo, a las 7 p.m. me cambié a la casa del señor Jerónimo Mazcorro, donde cité al Lic. Roque Estrada para el día 5 en la noche, a fin de salir a Laredo en el tren del día 6, en la misma forma que el señor Madero, y así lo hicimos, interviniendo los mismos organizadores del propio día de campo, que se repitió, más el agente de Express Juan Pepí. Hicimos el viaje no muy tranquilos, porque, en el camino, nos comunicaron los ferrocarrileros que ya era pública en todas partes la noticia de la fuga del señor Madero.

Los partidarios que tuvieron conocimiento de la salida del señor Madero de la ciudad, se encargaron de correr la versión de que ese mismo día había amanecido muy enfermo de los riñones, y el Lic. Roque Estrada, que dirigía esta maniobra, se hacía presente en todas partes y a todas horas, para no dar a maliciar nada a la policía, hasta que se reunió conmigo en la noche, en la casita en que estaba oculto. Para el día 7 en la mañana, ya era pública en la ciudad la noticia, pero las autoridades no la sabían hasta que, de México, le telegrafiaron al gobernador, el ingeniero José María Espinosa y Cuevas, que informara qué pasaba con lo que se decía en Estados Unidos del señor Madero, y contestó que Madero estaba enfermo, en su casa, y bien vigilado, porque los periodistas y un enviado del gobernador habían ido a ver a Sarita, quien les informó que su esposo estaba en cama muy enfermo y que, en esos momentos, dormía profundamente. Buen chasco llevó el gobernador cuando, en seguida, le confirmaron la noticia desde México, según se dijo, con una buena reprimenda.

Esta relación demuestra la simpatía general que había para la bandera del antirreeleccionismo, así como que las autoridades policíacas no eran muy hábiles para la vigilancia y persecución de los enemigos políticos del gobierno.

EL PLAN DE SAN LUIS

El Plan de San Luis Potosí, bandera prístina del último movimiento renovador de México, está fechado el 5 de octubre de 1910. Pero esta fecha es históricamente ficticia, porque así lo exigieron los acontecimientos y las circunstancias de entonces.

No podría yo precisar de una manera exacta la fecha en que Francisco I. Madero firmó el Plan de San Luis Potosí, pero sí puedo asegurar que este acto, que de tanta trascendencia ha sido para nuestra patria, se realizó en San Antonio, Texas, entre el 8 y el 10 de octubre de 1910. El 6 de octubre de aquel año, el Apóstol Madero, quebrantando la libertad caucional de que disfrutaba en San Luis Potosí y que estaba afianzada por el señor Barrenechea, pudo escapar hacia la frontera del norte, protegido, principalmente, por dos de sus correligionarios: el doctor don Rafael Cepeda y don Julio Peña. Al llegar a San Antonio, Texas, en donde nos encontrábamos algunos de los principales conjurados, lo recibimos con desbordante entusiasmo, y oímos de sus labios la declaración definitiva de llevarnos muy en breve a la acción revolucionaria efectiva. Pero fue preciso esperar el arribo de otros compañeros, especialmente del licenciado don Roque

Estrada,¹ cuya liberación estaba ya peligrando, a causa de la publicidad que se había dado a la fuga del candidato antirreeleccionista. El licenciado Estrada estaba, hasta entonces, preso y disfrutando de libertad caucional, lo mismo que el señor Madero, en la ciudad de San Luis Potosí, pero la fuga de uno y de otro se había preparado separadamente. Una vez que llegó a San Antonio, el licenciado Estrada, con quien el señor Madero había tenido largas conversaciones previas sobre el particular, resolvió reunir a algunos de los correligionarios que, por razones de nuestra anterior actividad política, nos encontrábamos expatriados en la ciudad del Álamo. La reunión tenía como propósito dar forma definitiva al llamamiento a las armas que habría de ser lanzado a los mexicanos libres, para derrocar la arraigada y fuerte dictadura del general Porfirio Díaz.

Fuimos escogidos, para tal efecto, los licenciados Roque Estrada y Federico González Garza,² Enrique Bordes Magel³

¹ Roque Estrada Reynoso (1883-1966). Político, escritor, abogado y jurista. Junto con Paulino Martínez, Luis Cabrera, Emilio Vázquez Gómez y otros, fundó, en mayo de 1909, el Centro Antirreeleccionista de México. En junio de 1910, fue hecho prisionero en Monterrey, Nuevo León, junto con Madero. Participó en la redacción del Plan de San Luis. Fue diputado federal, así como magistrado y presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. En 1957, el Senado de la República le otorgó la Medalla Belisario Domínguez.

² Federico González Garza (1876-1951). Abogado y político. Precursor de la Revolución mexicana y fiel colaborador de Francisco I. Madero. Fue gobernador del Distrito Federal, cargo al que tuvo que renunciar pocos días antes del estallido de la Decena Trágica, en febrero de 1913.

³ Enrique Bordes Magel (1886-1935). Militar y político. En 1910, participó en la Convención Antirreeleccionista. El 14 de julio de 1910, proclamó el Plan de San Ricardo, en Atoyac, Veracruz. Fue jefe militar de Pachuca,

y yo. El primero había sido un esforzado acompañante del señor Madero durante sus giras por la República en propaganda de nuestros ideales, y su talento y erudición habían sido de gran utilidad para la causa, porque su convencida y sesuda elocuencia impresionaba hondamente a las masas; González Garza, al frente del Comité Ejecutivo del Partido Antirreeleccionista, había resistido heroicamente, en México, los embates del poderoso enemigo del movimiento (que no era otro más que el gobierno porfirista), hasta agotar vanamente todos los recursos legales para obtener la declaración legislativa de la nulidad de elecciones; Bordes Mangel, con el influjo arrebatador de su inteligencia y de su fe, también había arrastrado con su elocuencia a las multitudes en la reciente campaña electoral; y yo, aunque de competencia intelectual muy inferior a la de mis citados amigos y compañeros, tenía, para Madero, el antecedente de una vieja amistad escolar y de mis esfuerzos periodísticos en el, para nosotros, glorioso *México Nuevo*.

Madero se hospedaba transitoriamente en el domicilio de otro amigo nuestro de las aulas, Ernesto Fernández Arteaga,⁴ que, en unión de su esposa y de su hijita, residía entonces en San Antonio, Texas; su casa estaba ubicada en el número 520

Hidalgo, en 1911; secretario del gobierno del DF, en 1912; secretario general del gobierno de Hidalgo, en 1914; diputado federal en tres ocasiones: 1912-1913, 1920-1922 y 1926-1927. Embajador plenipotenciario de México ante Honduras, de 1922 a 1924.

⁴ Madero y Sánchez Azcona conocieron a Fernández Arteaga desde sus tiempos de estudiantes en París. Madero apunta en sus *Memorias*: “Fuera de mis condiscípulos, cultivé buenas relaciones con el Dr. Ramón Fernández, que era ministro plenipotenciario de México en Francia, y que ya murió, así como con su hijo Ernesto, que siempre fue y es hasta la fecha un buen amigo mío...”, *Ibid.*

de la West Macon Street. La vigilancia del consulado mexicano sobre los expatriados antirreeleccionistas era asidua, especialmente desde el día de la llegada de Madero, y no perdía ocasión de denunciarnos ante las autoridades norteamericanas, como violadores de las leyes de neutralidad, aunque, en realidad, no teníamos la menor culpa en este particular, hasta aquellos momentos. Por lo tanto, había que guardar las mayores precauciones, y por eso decidimos reunirnos en un domicilio particular (lo cual, en aquel país, ha sido y sigue siendo estrictamente inviolable). Esto no obstante, se dispuso que, durante nuestra conferencia, vigilasen el exterior de la mansión los correigionarios Fernández Arteaga y Aquiles Serdán,⁵ para evitar cualquier sorpresa peligrosa.

La evasión del señor Madero no se debía al deseo, explicable, pero siempre egoísta, de librarse de las garras de sus enemigos, que bien pudieran causarle mayores daños en momento próximo; se debía a su resolución de iniciar la insurrección armada contra la dictadura, ya que se habían agotado todos los recursos legales para que la Nación fuese reintegrada al régimen institucional, y el pueblo, en todos los ámbitos de la República, exigía acción violenta, pues no quería seguir siendo

⁵ Aquiles Serdán Alatraste (1876-1910). Comerciante y revolucionario. En Puebla funda el club político "Luz y progreso". En 1908, conoce a Madero y se relaciona con él. En diciembre de 1909, funda el Partido Antirreeleccionista de Puebla. En 1910, participó en la Convención del Partido Antirreeleccionista donde surgió la candidatura de Madero para la presidencia de la República. Al perderse las elecciones, va en busca de Madero a Estados Unidos, para recibir instrucciones sobre el movimiento armado. Recibe el encargo de iniciar la Revolución en Puebla. El 18 de noviembre de 1910, fue detenido y, al oponer resistencia, murió en manos de las fuerzas federales.

gobernado como hasta entonces. Sabía Madero que sus partidarios eran numerosos ya y sabía también que su número se duplicaría en el instante mismo en que fueran llamados a empuñar las armas en defensa de sus derechos ultrajados. Pero también sabía que, si procedían sin organización, como otras veces lo habían intentado sin éxito, volverían a ser aniquilados por los poderosos elementos de fuerza de los que disponía la dictadura. Así pues, al huir de San Luis Potosí para ganar la frontera y pasar a un país en el que, a cubierto de la persecución inmediata de la dictadura, pudiese dar forma y organización definitivas a su empresa, llevaba ya bien trazados en su mente los puntos esenciales de la proclama insurgente que habría de servir de bandera a la acción del pueblo.

Fijados, discutidos, ampliados y precisados dichos puntos, el Apóstol distribuyó la tarea de la redacción de los mismos, entre los correligionarios a quienes me he referido, según la inclinación y la relativa preparación de cada uno de ellos. Digo “relativa” preparación, porque todos éramos jóvenes y, aunque habíamos pasado por las aulas, no teníamos aún lo capital de todas las preparaciones, que es la experiencia, la cual hubimos de ir adquiriendo ulteriormente, merced a un vivir muy accidentado y doloroso... Entiendo que el licenciado don Federico González Garza, uno de los más prominentes y respetables veteranos civiles de la Revolución, logró conservar, en sus archivos personales, los respectivos borradores originales de cada uno de los corredactores del Plan de San Luis Potosí.

Sin pretender que tal documento sea perfecto, sí puede afirmarse que es profundamente sincero en toda su médula y que alcanzó a ser comprendido por el pueblo a quien iba dirigido, según lo demostró la entusiasta actitud inmediatamente asumida por las masas populares de toda la República. El Plan de

San Luis Potosí no puede ser considerado como un “cuerpo de leyes”, según han pretendido hacerlo algunos de sus críticos, pues únicamente quiso ser un LLAMAMIENTO A LAS ARMAS, con exposición de los motivos que lo originaban y con señalamiento de los anhelos básicos, cuya realización se perseguiría en la lucha a la que se convocaba.

En consecuencia, sólo contiene principios SUBSTANTIVOS y deja la reglamentación y legislación ADJETIVA a la voluntad ciudadana, ajustada a las necesidades de la realidad, para después del triunfo principal del movimiento armado. Esta labor adjetiva, ha venido y sigue realizándose, a través de las mil vicisitudes de los acontecimientos sucesivos. Pero el Plan de San Luis Potosí (que, por razones obvias, desde San Antonio, Texas, se fechó, retroactivamente, el 5 de octubre de 1910, en San Luis Potosí) sigue siendo la prístina y substancial bandera de la Revolución mexicana.

Han transcurrido veinte años desde que flameó esa bandera a los vientos de la patria mexicana. De los cinco coautores directos del Plan de San Luis Potosí han muerto dos y vivimos tres. Los muertos son: el presidente Madero, vilmente asesinado por los pretorianos y los reaccionarios en 1913, y Enrique Bordes Mangel, quien sucumbió hace pocos meses en la Baja California, en triste miseria y envuelto en las negras alas del desaliento moral y de la decepción política. Los tres supervivientes seguimos en la brecha, dando a la patria lo que podemos darle en cada momento, y firmemente seguros de que, aunque nosotros mismos no hayamos de presenciarlo, un día llegará en el que, para bien de México, se habrán realizado, plena y esplendorosamente, los anhelos contenidos en el Plan de San Luis Potosí.

QUIEN HUBIERA SIDO JEFE DEL MOVIMIENTO, EN CASO DE FALTAR MADERO

Solamente los revolucionarios primitivos, confidentes del caudillo Madero y conocedores del sentir íntimo de sus más allegados consejeros, saben algo de lo que a continuación voy a decir.

Cuando los núcleos revolucionarios supieron de la derrota de Madero en Casas Grandes,¹ en la cual estuvo a punto de ser capturado, comprendieron claramente, quizás por vez primera, todo lo que él significaba en la incipiente Revolución. Su falta hubiera sido fatalmente nociva al incremento y desarrollo del movimiento, no porque éste hubiere podido interrumpirse (ya que tan esparcido estaba en toda la República y con tan indomables bríos había surgido), sino porque se hubieran quebrantado la estrecha cohesión y la uniforme orientación que ya empezaba a tener bajo la dirección de Madero, circunstancias que, como más tarde quedó comprobado por los hechos, habría de procurarle un triunfo más rápido y menos cruento.

Sin duda, había, en cada región, jefes locales de prestigio que ejercían gran influencia entre sus hombres, y que eran seguidos

¹ La batalla de Casas Grandes, en Chihuahua, tuvo lugar el 6 de marzo de 1911.

y obedecidos con fe y disciplina. Pero la autoridad de dichos jefes estaba circunscrita a las regiones en que se habían levantado en armas y a los grupos que directamente estaban bajo sus órdenes, en tanto que la autoridad del Jefe Supremo de la Revolución alcanzaba a todo el país y todos aquellos estaban efectivamente subordinados a ella, aun los que empezaban a sentir el aguijón de las ambiciones personales, como Pascual Orozco.² Esto, en cuanto a los combatientes en armas. Mas era también grande la importancia de la influencia de los civiles de la Revolución para el desarrollo y buen éxito de la empresa política, pues ellos, con sus predicaciones y campañas teóricas, eran los que habían levantado el espíritu nacional hasta el punto de capacitarlo para una lucha armada, y cada uno de ellos, en determinadas regiones, tenía constituida su automática jefatura regional, que era reconocida por los mismos jefes en armas y siempre acatada. Todos los civiles prominentes de la Revolución habían proclamado, sin discusión, la jefatura suprema de Madero, al declararlo presidente provisional de la República, y a sus instrucciones estaban sometidos en definitiva todos sus actos, sin que esto quiera decir que existiera sumisión incondicional, pues los más de entre ellos deliberaban con entera franqueza con el presidente provisional, quien, en más de una ocasión, escuchó sus sugerencias, modificando su parecer primitivo. De aquí que quienes no conocieron a fondo el carácter de Madero

² Pascual Orozco (1882-1915). Desde 1909, apoyó a los hermanos Flores Magón, pero, motivado por la corrupción de los políticos locales, se dedicó a promover el antirreeleccionismo. Cuando Madero tomó el poder, nombró como ministro de Guerra a Venustiano Carranza, lo cual dio origen a la rebelión de Orozco. Tras el golpe de Estado de Huerta, Orozco lo reconoció como presidente, y Huerta lo ascendió a general de división en 1914.

lo hayan juzgado como débil y variable. No era así. Oía razones, invitaba a externarlas, y se dejaba convencer si las hallaba buenas; pero ni uno solo de sus consejeros de entonces, ni de los tiempos subsiguientes, pudo jamás jactarse de poder “dominar” al jefe. Madero sentía gran respeto por sus colaboradores civiles; los estudiaba y aquilataba no solamente en sus capacidades mentales e intelectuales, sino también en sus facultades de acción y de laboriosidad, de carácter y de energía, así como en sus hábitos y aficiones naturales. Formado su juicio, los aprovechaba en el desempeño de la tarea que juzgaba más adecuada para cada uno, sin odiosas preferencias y siempre generosamente.

En esas condiciones, la falta repentina del caudillo Madero se habría traducido, si no en colapso final, sí en temporal estancamiento y en pasajera pero peligrosa desorientación del movimiento revolucionario.

En nuestros constantes intercambios de ideas sobre los cambiantes e inmediatos problemas que nos iba ofreciendo el desarrollo de la Revolución, militares y civiles comentamos más de una vez el peligro de la desaparición súbita del caudillo, por muerte o por captura. Hubo quien propusiese influir en su ánimo para alejarlo de los peligros directos de la guerra y hacerlo consentir en confinarse en un lugar relativamente seguro, para, desde allí, seguir dirigiendo el curso del movimiento. Mas, aparte de lo difícil que nos parecía obtener tal cosa de Madero (quien no gustaba oír hablar de peligros), había una consideración de mucho peso para no aceptar la sugestión con ligereza: la presencia personal de Madero en el campo de la acción guerrera, al ser conocida por los correligionarios de toda la República, había fortalecido singularmente su entereza (maguer el descalabro de Casas Grandes), aumentando la

fuerza de la Revolución en cantidad y en calidad. Su ausencia repentina del campo de la guerra podía producir efectos deprimentes, porque pudiera interpretársele como una vacilación y hasta como una retirada.

Insensiblemente entonces, fuimos inclinándonos a la idea de sugerir la designación concreta de un sustituto previamente reconocido por todos, para un caso fatal: algo así como un vicepresidente provisional de la República, en consonancia con las circunstancias en que nos encontrábamos. Pero, ¿quién sería éste?... Sin duda había en el directorio de la Revolución corazones y cerebros; y algunos de sus miembros poseían entrambas cosas. Recordando la Convención de 1910, que había sido la primera ostentación oficial cívica de la lucha antirreeleccionista, y en la que había sido designado candidato a la vicepresidencia de la República el doctor don Francisco Vázquez Gómez³ —quien, en los momentos en que deliberábamos, aún estaba en Washington— este ciudadano aparecía, automáticamente, como el indicado para la eventual sustitución; así lo indiqué yo. Pero, como se sabía que el doctor Vázquez Gómez había repudiado al principio el movimiento armado y se había negado entonces a representar a la Revolución en Washington, su precandidatura no obtuvo

³ Francisco Vázquez Gómez (1860-1933). Médico y político. Fue médico personal de Porfirio Díaz. En 1910, fue candidato a la vicepresidencia de la República en la planilla de Francisco I. Madero por el Partido Antirreeleccionista. Durante el gobierno provisional de Madero, fue secretario de Relaciones Exteriores, y secretario de Educación Pública en la administración de León de la Barra. Junto con su hermano Emilio, lanzó, en octubre de 1911, el Plan de Tacubaya, donde se declaraban nulas las elecciones y disueltas las Cámaras y se proclamaba a Emilio Vázquez Gómez presidente de la República.

buena acogida. Además, la mayor parte de los jefes militares aún no lo conocían personalmente, y, sabido es que para crear simpatías y confianzas en el terreno de la política, generalmente se requiere el previo contacto personal. Supliqué entonces a los compañeros aplazáramos nuestras observaciones y guardáramos en estricta reserva lo tratado, para evitar torcidas interpretaciones.

Pero yo no perdí el tiempo. Aisladamente traté de reconocer las opiniones de los capacitados para darlas sobre el particular, cuidando, naturalmente, no incluir en mis investigaciones a aquellos en quienes podía presumir la existencia de una aspiración a ser designados ellos mismos. Y, tanto entre civiles como entre militares, encontré que imperaba una decidida inclinación en favor de la persona de don Abraham González,⁴ a la sazón gobernador provisional de Chihuahua, cuyo celo por la causa se había destacado señaladamente, tanto durante la lucha puramente cívica como en la preparación del movimiento armado. Me asombró el acierto del sentimiento colectivo, porque, efectivamente, dadas las condiciones del momento, ninguno de nosotros estaba mejor acondicionado ni era más digno para el caso que don Abraham González. De incansable actividad, de gran valor tanto civil como personal, de límpida intención patriótica, de intachable honradez, de manifiesta ecuanimidad y, además, de innegable influjo sobre el ánimo de los esforzados

⁴ Abraham González (1864-1913). Agricultor, político y revolucionario. Fue delegado en la Convención Antirreeleccionista de 1910, jefe de la revolución de Chihuahua y gobernador provisional, interino y constitucional de esa entidad en 1911. Durante el mandato de Madero, fue secretario de Gobernación. En marzo de 1913, fue asesinado por órdenes de Victoriano Huerta.

luchadores chihuahuenses, tanto jefes como soldados, era, por añadidura, muy conocido en toda la República por sus actividades antirreeleccionistas. Sin ninguna pretensión de superioridad intelectual, poseía muy claro juicio, y conocía prácticamente los sufrimientos y las necesidades del pueblo. Su entusiasmo apostólico casi corría parejas con el del caudillo. Su apego a la pureza de las prácticas democráticas rayaba en el quijotismo, como lo demostró más tarde. Por otra parte, sus actividades anteriores se habían desplegado paralela y bilateralmente, como ya dije, tanto en la organización teórica del Partido cuanto en la preparación de la acción directamente revolucionaria; y, para el caso de faltarnos Madero, se necesitaba un sustituto así, que fuera reconocido tanto por los civiles, como por los militares.

Con esta impresión, y de modo muy íntimo, abordé paulatinamente el asunto con Madero mismo, tratando de conocer su disposición al respecto. La idea de designar un sustituto eventual le pareció, en principio, buena y pertinente; pero vacilaba ante la forma de hacerlo, temeroso de herir las susceptibilidades de algunos de sus colaboradores, si procedía a una designación personal y directa, y me encomendó la tarea de reconocer discretamente las diversas opiniones y pidiéndome francamente la mía. Díjele que, en parte, eso estaba ya hecho, y le expresé mi aprobación de la tendencia que favorecía la designación de don Abraham González. Sonrió, sin contestarme nada por el momento, agregando que iba a meditar sobre cómo hacer la designación.

Pasaron los días, y ya a principios de mayo de 1911, los oficiosos “negociadores de paz” llegaron a impresionar a Madero con el temor de que pudieran suscitarse dificultades de orden internacional si se verificaba un fuerte combate tan cerca de

la frontera, pues él intentaba el ataque sobre Ciudad Juárez, y hubo un momento en que se había decidido emprender la movilización de las fuerzas hacia el sur, para evitar aquel peligroso evento. Esta marcha estuvo a punto de efectuarse; y, entonces, ante el peligro al que Madero iba a entregarse de nuevo, en una marcha aventurada, y encontrándonos en junta a las puertas de la “Casita de adobe”,⁵ sin testigos inoportunos en ese momento, abordé de lleno el tema delante de todos los compañeros presentes y pedí que allí mismo se designase a don Abraham como el más indicado para el caso. Para muchos fue una sorpresa mi proposición, mas no para todos. No se atrevieron a discutir, algunos aprobaron en voz alta, y entonces Madero hizo suya mi proposición y don Abraham González quedó designado como substituto eventual de Madero en la jefatura suprema de la Revolución. La designación se hizo pública y fue bien recibida por los combatientes. Esto pasaba en los primeros días de aquel mes de mayo, en vísperas, casi, del

⁵ Sánchez Azcona explica que: “para principios de abril de 1911, las fuerzas maderistas estaban a la vista de Ciudad Juárez, y establecieron sus campamentos entre los lomeríos que existen hacia el oeste de dicha ciudad, a tiro de cañón de la plaza. [...] Francisco I. Madero, que había asumido el carácter de presidente provisional de la República, estableció su cuartel general en una modesta casa de adobe, cerca de la margen derecha del Río Bravo y del sitio donde convergen las líneas divisorias entre los estados norteamericanos de Texas y de Nuevo México, y del estado mexicano de Chihuahua. La pobre casita, apenas alzaba metro y medio acaso sobre el nivel del suelo, constaba de tres piezas enladrilladas y con sus muros enjalbegados. Una tosca mesilla, algunas sillas, un catre de campaña y un brasero formaban todo el mobiliario. Fue esa casita el primer Capitolio de la Revolución, y en ella se discutieron cosas trascendentales para la Nación...”, *Apuntes para la historia de la Revolución mexicana*, México, INEHR, 1961, p. 204.

ataque que llegó a efectuarse sobre Ciudad Juárez y que dejó a esta importante plaza fronteriza en poder del Ejército Libertador. Después, ya Madero no corrió peligros inmediatos y directos, porque se hizo la paz, con el derrumbamiento de la dictadura.

EL TEXTO AUTÉNTICO DE LOS CONVENIOS DE CIUDAD JUÁREZ

A penas el licenciado Carbajal¹ tuvo su primer contacto con el jefe de los directores de la Revolución, no ocultó su asombro al encontrar que, como base de todo trato y, a pesar de lo aseverado por algunos miembros “neutrales” de la familia Madero, por los “emisarios” confidenciales y por el propio señor Limantour,² aquéllos exigían una firme garantía de las renunciaciones del general Díaz y del señor Corral.³ Tengo para

¹ Francisco Sebastián Carbajal y Gual (1870-1932). Político y abogado. Fue representante del gobierno de Díaz en las conferencias de paz de Ciudad Juárez, en mayo de 1911. Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, de 1906 a 1912 y presidente del alto tribunal el 31 de mayo de 1912. En 1913, secretario de Relaciones Exteriores, en el régimen de Huerta. Presidente interino, del 15 de julio al 13 de agosto de 1914.

² José Yves Limantour Marquet (1854-1935). Político, abogado y economista. Fue electo diputado del Congreso durante la década 1880-1890. Ocupó diversos cargos en el gobierno de Díaz: miembro de la Junta de Desagüe, en 1892, presidente de la Junta de Saneamiento, en 1896, y de la de Provisión de Aguas Potables, en 1903, y ministro de Hacienda y Crédito Público, de 1893 a 1911. Fue el líder del grupo de los “Científicos”.

³ Ramón Corral Verdugo (1854-1912). Político. Fue gobernador de Sonora, de 1896 a 1899; gobernador del Distrito Federal, de 1900 a 1903; secretario de Gobernación, de 1903 a 1911; y vicepresidente de la República con Porfirio Díaz, de 1904 a 1911.

mí que la desorientación que sufrió el licenciado Carbajal fue muy sincera; pero es inexplicablemente extraño que su gobierno no lo hubiera instruido antes sobre el particular, ya que esa exigencia ni por un momento se había recatado de parte de los revolucionarios, según he dejado ya comprobado con documentos.

Por otra parte, parece que las facultades de que iba investido el licenciado Carbajal, eran por demás limitadas, pues, cada vez que se tocaba un punto de trascendencia, tenía que consultarlo a México. Celebró entrevistas con los delegados de la Revolución (entiendo que fueron antes de la toma de Ciudad Juárez) en un sitio intermedio entre la plaza y el campamento rebelde. Pero no se llegaba a ningún arreglo definitivo, y la impaciencia de las tropas crecía hasta tornarse, como he dicho ya varias veces, en incontenible. Ante la actitud indecisa del comisionado gobiernista, crecían las suspicacias, que siempre fueron muchas en los revolucionarios, sobre la buena fe con que trataba al general Díaz. No hay que olvidar que “llovía sobre mojado”. Y sucedió lo que tenía que suceder: que a despecho de las negociaciones iniciadas, los revolucionarios atacaron y tomaron Ciudad Juárez.

En esas andanzas, y para poder tratar en definitiva, puse el mensaje directo al general Díaz, de parte de Madero, preguntándole si estaba resuelto a renunciar y cuándo. Su contestación, que tardó unos dos días, aseguraba que renunciaría antes de finalizar el mes de mayo [de 1911]. Con esto, se abreviaba en mucho el camino de la paz, pues esa noticia, a la par que satisfizo a los revolucionarios radicales (que éramos los más), allanó el camino al licenciado Carbajal. Además, la toma de Ciudad Juárez había aumentado considerablemente la fuerza material de la Revolución, al mismo tiempo que afirmaba su

fuerza moral, al ser conocida la noticia en todo el país, cosa que tuvimos buen cuidado en procurar sucediera por cuantos medios estuvieran a nuestro alcance. Así fue cómo el 21 de mayo, a las puertas del edificio de la Aduana Fronteriza, pudo firmarse el famoso Convenio de Ciudad Juárez, cuyo texto, borrado ya de la memoria de la generación pasada y desconocido para la nueva, reproduzco a continuación, tomándolo del *Periódico Oficial del Gobierno Provisional de los Estados Unidos Mexicanos*, en Ciudad Juárez, Chihuahua, a 25 de mayo de 1911, tomo I, número 2:

DEPARTAMENTO DE GOBERNACIÓN

El presidente provisional de la República se ha servido comunicarme lo siguiente:

Con objeto de alcanzar en breve tiempo en toda la República una paz definitiva y, mientras el gobierno emanado de la Revolución se va haciendo cargo de los distintos ramos de la Administración Pública, se ha firmado un pacto de cesación de hostilidades en todo el territorio nacional entre los comisionados de paz que fueron nombrados por este Gobierno Provisional y el comisionado del general Díaz. Dicho pacto es del tenor siguiente:

En Ciudad Juárez, a los veintiún días del mes de mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la Aduana Fronteriza, los señores licenciado don Francisco S. Carbajal, representante del gobierno del señor general don Porfirio Díaz; doctor don Francisco Vázquez Gómez, don Francisco I. Madero y licenciado don José María Pino Suárez, como representantes, los tres últimos, de la Revolución, para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional, y considerando:

1º Que el señor general don Porfirio Díaz HA MANIFESTADO SU RESOLUCIÓN DE RENUNCIAR LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA ANTES DE QUE TERMINE EL MES EN CURSO;

2º Que se tienen noticias fidedignas de que el señor don Ramón Corral renunciará igualmente la vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo;

3º Que por ser ministerio de ley el señor licenciado don Francisco L. de la Barra,⁴ actual secretario de Relaciones del gobierno del señor general don Porfirio Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución;

4º Que el nuevo gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad, para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden constitucional, y acordará lo conducente a las indemnizaciones por los perjuicios causados DIRECTAMENTE por la Revolución.

Las dos partes representadas en esta conferencia, por las anteriores consideraciones, han acordado formalizar el presente

CONVENIO

ÚNICO. Desde hoy, cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del gobierno del señor general don Porfirio Díaz y las de la Revolución, debiendo éstas ser licenciadas A MEDIDA QUE EN CADA ESTADO SE

⁴ Francisco León de la Barra (1863-1939). Político y abogado. Diputado al Congreso de la Unión; embajador de México en distintos países de América y Europa durante el Porfiriato. Presidente interino del 26 de mayo al 6 de noviembre de 1911.

VAYAN DANDO LOS PASOS NECESARIOS para restablecer y garantizar la tranquilidad y el orden públicos.

TRANSITORIOS. Se procederá desde luego a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas.

El presente Convenio se firma por duplicado.

Firmado por: *Francisco S. Carbajal, Francisco Vázquez Gómez, Francisco I. Madero, José María Pino Suárez.*

Como queda patentizado, el famoso Convenio de paz de Ciudad Juárez fue, virtualmente, la capitulación del régimen porfirista, que había durado más de treinta años. Por ende, significó el triunfo político de la Revolución.

Los errores que la Revolución pudo haber cometido al pactar la paz y no proseguir la lucha hasta no entrar al Palacio Nacional no están en el Convenio mismo, sino en la consiguiente reglamentación de procedimientos. Deben fijarse en ello los críticos que sobre el caso han escrito y están escribiendo. En cuanto a dichos errores —que fueron varios y que yo soy el primero en reconocer, no obstante mi identificación con Madero— no son materia de reportajes, sino de sesuda crítica histórica, que reservo para mis *Memorias*. Pero participo que, aun errando, Madero resulta magnánimo y noble, y... no así los otros.

CÓMO SALIÓ DE MÉXICO EL GENERAL DÍAZ

A parte de las noticias epistolares (muy detalladas, por cierto) que la mayor parte de nosotros habíamos recibido acerca de los acontecimientos que se habían desarrollado en la capital de la República en relación con la renuncia del general Díaz y de don Ramón Corral, desde El Paso fueron uniéndose al convoy del Jefe de la Revolución numerosas personas que acudían desde México para felicitarnos y acompañarnos en el trayecto. Dichas personas nos narraban de viva voz y con alto colorido la actitud amenazadora del pueblo metropolitano para exigir al dictador que presentase la renuncia, lo cual hizo al fin, compelido por la más apremiante de las necesidades; y cómo ese mismo pueblo, airado y amenazador, se había entregado a desbordantes regocijos tan luego como supo que ya el general Díaz había abandonado el poder y que éste venía a las manos del licenciado don Francisco L. de la Barra, que tenía la misión de entregarlo a la Revolución. Nos decían que el aspecto de la ciudad de México fue indescriptible; que los grupos populares recorrían las calles dando vivas a Madero y enarbolando retratos suyos; que tomaba por asalto los tranvías y los ocupaba hasta los techos, dando rienda suelta a su regocijo; pero que todo había transcurrido

en orden, porque Robles Domínguez,¹ Cossío Robelo y los demás líderes antirreeleccionistas que estaban recluidos en la penitenciaría y que fueron puestos en libertad, cuidaron eficazmente del orden y evitaron cualquier exceso que hubiera redundado en desprestigio de la causa triunfante.

Al zarpar de Veracruz el vapor alemán Ipiranga, llevando a bordo al general Díaz, el 27 de mayo de 1911, se llevaba a todo un pasado. Es decir, se llevaba la médula de todo un pasado; porque, merced a la generosidad de la Revolución, quedaban en el país gérmenes latentes y aún poderosos del régimen que debió haber sido totalmente barrido de una vez por todas, con lo cual se hubieran evitado muy dolorosos sucesos ulteriores.

El licenciado don Francisco L. de la Barra iniciaba su interinato presidencial rodeado de la simpatía del pueblo, que aclamaba la renovación individual en el poder, pero que todavía no echaba de ver que las ligas y antecedentes del señor De la Barra le tenían fuertemente atado al régimen caído y lo inclinaban automáticamente a entorpecer las conquistas que la Revolución anhelaba alcanzar.

¹ Alfredo Robles Domínguez (1876-1922). Ingeniero militar y político. Representante del Partido Democrático Nacionalista, en 1910 fue nombrado vicepresidente de la Convención Antirreeleccionista. En 1911, fue jefe del movimiento armado en la zona centro y sur del país. Combatió a Huerta y se unió a Carranza, quien lo nombró su representante en la ciudad de México. Participó en los Tratados de Teoloyucan. Fue gobernador del Distrito Federal en 1914. En 1917, fue diputado federal en la XXVII Legislatura. En 1918, Zapata lo nombra su representante en la capital del país. En 1920, participó en la contienda electoral, postulado para la presidencia por el Partido Nacional Republicano.

De la misma manera en que yo cometí el error político de recomendar calurosamente al licenciado Manuel Calero² ante Madero, para que formara parte del nuevo gabinete, el doctor Vázquez Gómez había cometido el de apoyar la aceptación del señor De la Barra para la presidencia interina de la República, que se debió muy principalmente a las gestiones de aquel consejero del Jefe de la Revolución. Los dos nos equivocamos con entera buena fe. Estoy plenamente de acuerdo con esta sintética apreciación del ingeniero don Pascual Ortiz Rubio:³

La aceptación de don Francisco León de la Barra como presidente provisional, para preparar la estabilidad del futuro gobierno, fue el mayor error cometido por los revolucionarios. Santo y bueno que no se hubiera entregado la situación a ninguno de los líderes de la Revolución; pero por la misma razón por la que no se hacía tal entrega, no debió haberse hecho sino en manos de un hombre imparcial, alejado completamente de ambos grupos. La

² Manuel Calero y Sierra (1868-1929). Abogado y político. Diputado federal en el Congreso Unión durante la presidencia de Díaz. Secretario de Fomento, Colonización e Industria, de mayo a julio de 1911, y secretario de Justicia, de julio a noviembre de 1911, durante la presidencia interina de León de la Barra. Secretario de Relaciones Exteriores, de noviembre de 1911 a abril de 1912, en el gobierno de Madero.

³ Pascual Ortiz Rubio (1877-1963). Ingeniero, historiador y político. Fue diputado en la XXVI Legislatura del Congreso de la Unión. Gobernador de Michoacán de 1917 a 1920. Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas en los gobiernos de De la Huerta y Obregón. Durante la presidencia de Calles, fue embajador de México en Alemania y Brasil. Con el apoyo de Calles, en 1929 se convirtió en el primer candidato del Partido Nacional Revolucionario a la presidencia del país. Con un poder menguado, optó por renunciar a la mitad de su cuatrienio.

Revolución, al triunfar, se suicidó, permitiendo que un porfirista, clerical por añadidura, presidiera las elecciones y gobernara al país, ávido de libertades.

De nada servía que el gabinete porfirista renunciara en masa con su amo, que éste se desterrara, que se hicieran miles de ofrecimientos al pueblo, si quedaba en pie lo más corrompido de la administración porfirista, los diputados, los senadores, los militares, los políticos todos, quienes, apenas pudieron respirar con desahogo, pasado el susto de los primeros momentos, se rieron del candor de los revolucionarios, que se entregaban como corderos, para ser sacrificados en aras de su impericia. No se había escuchado, por parte de los rebeldes, la poderosa voz de Luis Cabrera⁴ y sucedería lo profetizado por él.

¡Es cierto: debimos haber aprovechado un poco mejor y prolongado mucho más, INCRUENTAMENTE, aquel susto de los primeros momentos!

Pero, al iniciar su viaje triunfal hacia la capital de la República, ni el Jefe de la Revolución ni quienes le rodeábamos nos dábamos cuenta de los peligros que iba a correr la consolidación de nuestra victoria. Veníamos contentos y llenos de fe; nos parecía un sueño haber derrocado tan prontamente

⁴ Luis Vicente Cabrera Lobato (1876-1954). Abogado, político, diplomático y escritor. Como periodista, fue un convencido antirreeleccionista. Firmaba con los seudónimos de “Lic. Blas Urrea” y “Lucas Ribera”. Fue colaborador en el *Partido Democrático*, *Diario del Hogar*, *El Dictamen*, *La Patria* y *El Colmillo Público*. En junio de 1912, fue electo diputado por el Distrito Federal, en la XXVI Legislatura. Redactó las adiciones al Plan de Guadalupe, y fue autor de la Ley Agraria del 6 de enero de 1915. Fue diputado en la XXVII Legislatura. Nominado por Carranza, fue secretario de Hacienda, de abril de 1919 a mayo de 1920.

una dictadura que universalmente había sido considerada como invencible e inexpugnable; y, si acaso, algunos de nosotros abrigábamos el temor de que el despecho de los vencidos nos sorprendiese en el camino con un atentado personal. Mas, como sabíamos que todo ese camino estaba bien cubierto por fuerzas revolucionarias que nos irían escoltando en los tramos de su ocupación, no era mayor nuestro desasosiego. Desde que, por Piedras Negras, volvimos a entrar en territorio nacional pacificado o en pacificación, palpamos la inmensa popularidad de Madero.

Como ya he dicho, el caudillo antirreeleccionista venía con el carácter de Jefe de la Revolución triunfante y del Partido Revolucionario. En su manifiesto al pueblo mexicano, del 26 de mayo, que ponía punto al movimiento armado, Madero había hecho importantes declaraciones, que terminaban con estas palabras:

Mexicanos: cuando os invité a tomar las armas, dije que seríais invencibles en la guerra y magnánimos en la victoria.

Habéis cumplido fielmente mi pronóstico, conquistando la admiración de todo el mundo.

Ahora os recomiendo que, así como habéis sabido esgrimir las armas en defensa de vuestros derechos, continuéis con la categoría de guardias nacionales, colocándoos en la honrosa posición de guardar el orden y dar garantías a la sociedad y al nuevo orden de cosas.

Los que os retiréis a la vida privada, llevaréis la nueva arma que habéis bravamente conquistado: EL VOTO. Usad liberalmente de esta arma poderosa y pronto veréis que, proporcionalmente, es una victoria de más importancia y más duradera que la que obtuvisteis con vuestros rifles en los campos de batalla.

Retirado a la vida privada en mi calidad de simple ciudadano, seguiré, sin embargo, siendo considerado como el Jefe del Partido Revolucionario y colaboraré con el gobierno del señor De la Barra, poniendo a sus órdenes mis energías. Comprendo perfectamente, desde que inicié la Revolución, que sería considerado como jefe genuino del Partido Revolucionario que emanara de ella. Me consagraré por entero a restablecer el orden y la tranquilidad públicos y continuaré vigilando por los intereses del Partido que me otorgó su confianza.

Ruego a mis conciudadanos que cooperen conmigo y con el actual gobierno, en perfecta unión, al engrandecimiento y gloria de nuestra patria.

Con sinceridad íntegra, esos eran los sentimientos de Francisco I. Madero, cuando, entre ensordecedoras aclamaciones populares, se dirigía a la ciudad de México, en los primeros días del mes de junio de 1911, para iniciar, al frente de su Partido, su nueva labor de político y estadista.

EL MEMORABLE 7 DE JUNIO DE 1911

Piedras Negras, la tranquila y apacible población fronteriza, se había vestido de gala para recibir al Jefe de la Revolución. El flamante gobernador revolucionario del estado de Coahuila, don Venustiano Carranza,¹ acompañado de gran comitiva, había venido desde Saltillo, para dar la bienvenida a Madero en los momentos solemnes en que, ya no rebelde sino vencedor aclamado, pisara nuevamente territorio nacional.

También el pueblo limítrofe de Eagle Pass, en el lado norteamericano, ostentaba gran animación y revelaba entusiasta regocijo. Bajamos del tren y fuimos saludados por las autoridades municipales yanquis, que ya veían en Madero al futuro presidente del país vecino. Pie a tierra nos encaminamos al puente internacional, para internarnos en tierra de la patria.

A mitad del puente, erguido y risueño, todo de gris vestido, esperaba el gobernador Venustiano Carranza. ¡Momento inolvidable y que vuelvo a ver en mi memoria como si apenas hubiera sido ayer! Hondamente emocionados, el gobernador y el Jefe de la Revolución se estrecharon en fuerte abrazo,

¹ Venustiano Carranza. (1859-1921). Revolucionario. Presidente de la República de 1917 a 1920.

mientras el himno nacional rasgaba los aires entre los gritos incesantes de “¡Viva Madero!”

Hoy, cuando rememoro aquella escena, no puedo menos que meditar sobre las extrañas coincidencias que ofrece la vida y que a veces son presagios de cosas futuras. Venustiano Carranza fue la primera autoridad revolucionaria que, hecha la paz, dio la bienvenida en la República al Jefe de la Revolución libertadora. Dos años más tarde, el mismo gobernador Carranza enarbola la bandera de la legalidad, para vengar al presidente sacrificado, y en Piedras Negras recibe las primeras adhesiones del pueblo maderista, que había de acompañarlo en su magna tarea restauradora de la libertad. Aquel abrazo sobre el puente internacional de Piedras Negras fue un presagio simbólico. Madero y Carranza, pilares de la Revolución. Madero y Carranza abrazados sobre el puente internacional de Piedras Negras, el tres de junio de 1911; Madero y Carranza abrazados hoy en la inmortalidad.

El estado de Coahuila mostraba singular orgullo de que el Jefe de la Revolución triunfante hubiera visto la luz primera en su territorio. Para los coahuilenses, Madero no sólo era el Libertador, sino también el coterráneo. Se atropellaba el pueblo y se apretujaba para acercarse a su ídolo y tomarlo entre sus brazos, y el “chaparrito”, sudoroso y sonriente, con las lágrimas en los ojos, tendía sus brazos también a pobres y ricos, a grandes y chicos, a amigos y a desconocidos. Los gritos de “¡Viva Madero!” se mezclaban con los de “¡Viva Coahuila!” Los mismos gritos volví a oír en Piedras Negras, pero lanzados con sentimiento muy diferente, en 1913.

El entusiasmo popular no tuvo límites cuando llegamos a San Pedro de las Colonias, cuna de Francisco I. Madero, y sede de sus principales negocios agrícolas. Allí lo esperaron

aquellos de sus familiares que no se habían adelantado a recibirlo hasta la línea fronteriza; allí estaban sus amigos de la infancia, sus condiscípulos de las primeras letras, sus compañeros de trabajo, sus empleados y sus peones. Entre éstos, Madero siempre fue adorado, porque los trató sin cesar con grandes miramientos, afectos y atenciones, contrastando su proceder con el de la mayor parte de los grandes terratenientes de nuestro país. Varias veces les había condonado sus deudas. Había fundado escuelas para los hijos de sus peones. Atendía personalmente a los enfermos, y por su cuenta enviaba a las clínicas de Saltillo y de Monterrey a aquellos que requerían especiales cuidados médicos. En aquella región, Madero era considerado de tiempo atrás como un benefactor y un maestro, mucho antes de que se ocupara en la política. Y esos sus merecimientos, acrecentados ahora por el de haber derrocado la dictadura y haberse convertido en el héroe nacional, colmaban de satisfacción y de orgullo a sus paisanos de San Pedro de las Colonias. A voz en cuello pedían que se detuviera allí siquiera una semana; y de buen grado lo hubiera hecho él, a no ser por el apremio que tenía, en bien de la Revolución, por llegar ya cuanto antes a la capital de la República.

De los carros para tropa agregados al tren, se sucedían las escoltas de las fuerzas revolucionarias comarcanas, que se relevaban casi de estación en estación. Los jefes pasaban a saludar personalmente a Madero, y muchos de ellos eran sus antiguos conocidos, que, temporalmente, habían abandonado los instrumentos del trabajo normal, para empuñar el rifle libertario. Madero los acogía con franca cordialidad, y su taquígrafo Elías de los Ríos no descansaba en la tarea de recibir los apuntes que el jefe le dictaba, relacionados con

los intereses de los partidarios a quienes iba saludando y reconociendo.

Por mi parte, yo había instalado la secretaría particular en el gabinete de uno de los “pullmans”, y también mi labor era incesante, pues, durante todo el trayecto, Madero resolvía y despachaba asuntos de la Revolución, como si se hubiera encontrado en sus oficinas habituales. En cada estación de alguna importancia, el telegrafista me entregaba numerosos mensajes, que era preciso leer, descifrar, acordar y contestar en seguida. Agréguese a esto que, en las estaciones en que Madero no podía dirigir la palabra al pueblo que lo aclamaba, por hallarse ocupado en alguna conferencia de urgencia, me correspondía hacerlo a mí en su nombre. De manera que ese ha sido el viaje más fatigoso que he hecho en mi vida, por más que han sido muchos.

Como cada población reclamaba el derecho de aclamar y agasajar al Jefe de la Revolución a su paso, el viaje se hizo lentamente y el convoy se detenía en las paradas más tiempo que el normalmente acostumbrado. Para no lastimar a los habitantes de algunas poblaciones que, por telégrafo, habían saludado ya a Madero, pidiéndole que se detuviera en ellas siquiera por unos minutos, se procuraba que el convoy pasara por ellas ya entrada la noche, y, al efecto, se aprovechaban los escapes de vía para detenerse y pernoctar. Por lo demás, el viaje de noche no había resultado imposible, porque, fuera la hora que fuera, en cada estación repercutían las aclamaciones, sonaban y resonaban las músicas, estallaban los cohetes, ensordecían los disparos jubilosos, fulguraban las luminarias y lucía la retórica de los oradores más afamados del lugar. A nadie le era posible, en semejantes condiciones, conciliar el sueño y entregarse al indispensable descanso, y,

por tal motivo, se decidió que el convoy pernoctase sin marcha, en lugares despoblados. Cinco días duró el viaje desde la frontera hasta la ciudad de México.

En Torreón hubo gran recepción. Allí conocí a Emilio Madero, hermano del Jefe de la Revolución, que comandaba las fuerzas revolucionarias de La Laguna. Allí conocí al esforzado J. Agustín Castro, muy barbado entonces, de cuyas proezas teníamos pleno conocimiento los rebeldes del norte. En Zacatecas y en Aguascalientes, nos recibieron los respectivos gobernadores revolucionarios, que recientemente estuvieran con nosotros en Ciudad Juárez, J. Guadalupe González y Alberto Fuentes D. En el primero de dichos puntos, se efectuó un banquete, al que concurrió el gobernador porfirista saliente, general Jesús Aréchiga, acompañado de la mayor parte de los ex funcionarios del Estado y de las principales familias de la localidad, que acudían a acatar el triunfo de la Revolución. Al final del banquete, por inesperada indicación de Madero, hube de tomar la palabra. Hasta entonces, todas nuestras peroraciones en el trayecto habían sido de exaltación revolucionaria. Por primera vez, en Zacatecas, hablé yo de concordia nacional, de olvido de agravios y de unión entre todos los mexicanos. Temí incurrir en el desagrado de mis correligionarios radicales; pero no fue así, el entusiasmo se desbordó, se abrazaron porfiristas y maderistas, y aquello tuvo caracteres de una reconciliación. El tema prendió contagio, y en lo sucesivo, en todos los discursos subsecuentes, se habló de unión y concordia.

En Celaya tuvimos grandes emociones. Numerosos maderistas de México habían llegado en varios trenes especiales para recibirnos allí y acompañarnos hasta la metrópoli. Entre ellos, iba una nutrida delegación del cuartel general maderista

de México, encabezada por el querido amigo Francisco Cossío Robelo, a quien yo no había vuelto a ver desde un año antes, cuando me llevó a Dolores Hidalgo las últimas instrucciones para mi fuga a los Estados Unidos, y que acababa de salir de la penitenciaría, donde estuvieron reclusos largo tiempo los principales correligionarios de la capital. Iban uniformados, pero de modo muy distinto de los revolucionarios del norte. Por primera vez tuvimos la emoción de la Revolución “urbanizada”. Los uniformes, verdaderos uniformes, eran elegantes, limpios y airosos; el armamento igual y flamante. ¡Excusado es narrar las expansiones a que nos entregamos!

Hubo en Celaya un banquete monstruo, ofrecido por los comerciantes, industriales y hacendados de la rica región guanajuatense. No bajaron de mil las personas que tomaron asiento en las mesas oficiales, bellamente adornadas y extendidas en un parque lujurioso. Madero, al verse entre los suyos, gozaba como un niño.

Otra recepción emotiva fue la de San Juan del Río, cuna de la abnegada y valiente esposa del Jefe de la Revolución. Las aclamaciones no sólo fueron para él, sino también para ella; y muy merecidas, por cierto. No he conocido mujer más dulce, esposa más tierna, dama más virtuosa y modesta, compañera más valerosa y enérgica, que Sarita Pérez de Madero.

Se había calculado nuestra llegada a México para las primeras horas de la mañana del día 7 de junio. ¡7 de junio! Exactamente un año antes, había sido aprehendido Madero en Monterrey, para entorpecerle, por medio del artificial proceso, su propaganda cívica. Pero bien pronto comprendimos que llegaríamos con gran retraso y bien entrado ya el mediodía, porque las detenciones del tren en el camino eran frecuentes e inevitables.

En la madrugada de ese día hubo un fuerte temblor de tierra, que para nada sentimos los que veníamos en el tren. El folclore recogió el fenómeno sísmico de ese día en este cantar:

*Unos decían que sí, otros decían que no...
y cuando llegó Madero, hasta la tierra tembló.*

En México, la dirección de la recepción estuvo a cargo del ingeniero Alfredo Robles Domínguez, quien desempeñó brillantemente la tarea. Toda la policía fue retirada y se confió al pueblo mismo la vigilancia del orden. No hubo el menor incidente desagradable y el pueblo dio una elocuente prueba de que empezaba a estar apto para la democracia.

El terremoto matutino había causado pasajero susto a la población. Fue de algunas consecuencias, pues hubo serios derrumbes, entre ellos el de una parte del cuartel de San Cosme, con graves desgracias personales. Pero el entusiasta ambiente predominó sobre esa impresión y nadie hablaba sino del arribo de Madero.

Desde muy temprano, la ciudad mostró su aspecto de los grandes días de fiesta. Llenáronse las calles y las plazas. Todos estaban ávidos de ver pasar el cortejo del Jefe de la Revolución. Desde la estación de la Colonia, por todo el Paseo de la Reforma, calles de San Francisco, 5 de Mayo, Plaza de la Constitución y calles adyacentes, la multitud se arremolinaba. Las fachadas estaban empavesadas; los balcones y azoteas, plétóricos de espectadores, y, en los grandes monumentos del Paseo de la Reforma, el de Colón y el de Carlos IV, racimos humanos se prendían, cual no ha vuelto a verse ni se había visto antes. La recepción de Madero es sólo comparable, si comparamos las crónicas, con la entrada del Ejército Trigarante el 27 de septiembre de 1821.

El Jefe de la Revolución, con su esposa y los generales Eduardo Hay² y Giuseppe Garibaldi,³ tomó asiento en una calesa “a la Daumont” y, escoltado por otros fieles compañeros de armas, se dirigió, entre las delirantes ovaciones del pueblo, al Palacio Nacional, donde lo esperaba el presidente interino de la República, quien le dio cordial bienvenida. Todo el día siguió siendo de fiesta en la ciudad. Por la noche, hubo serenatas en todos los parques. Yo almorcé en Gambrinus con un grupo de amigos, me sacudí el polvo del camino, y, a las cinco de la tarde, me presenté ante el Jefe de la Revolución para recibir órdenes. Desde ese mismo día, empezamos a trabajar en México...

² Eduardo T. Hay (1877-1941). Ingeniero, militar y político. Fue fundador del Partido Antirreeleccionista en 1909. Diputado federal en las XXVI (1912-1914) y XXVII (1917-1918) Legislaturas del Congreso de la Unión. Fue secretario de Relaciones Exteriores en el gabinete de Lázaro Cárdenas, de diciembre de 1935 al noviembre de 1940.

³ Giuseppe Garibaldi (1879-1950). Militar de origen italiano. Llegó a México en 1911, se unió a las fuerzas maderistas y participó en varios combates en Chihuahua, principalmente en la toma de Ciudad Juárez. Tras varios desencuentros con Villa y Orozco, resolvió salir del país en 1912.

TRATA DE RESURGIR EL GENERAL REYES DESPUÉS DE SU REGRESO

En el Alcázar de Chapultepec —que el presidente interino, el señor De la Barra, había escogido como residencia— tuvieron una larga conferencia, el 11 de junio de 1911, el presidente interino, el Jefe de la Revolución triunfante y el recién llegado general de División, Bernardo Reyes.¹ Aunque los dos últimos habían ido al Alcázar con acompañantes de su intimidad, ningún extraño asistió a la plática de los tres próceres. Nos quedamos esperando en las antecámaras, fumando y charlando —de todo, menos de política—, hasta que la conferencia terminó.

Regresando a la ciudad en automóvil, Madero nos comunicó, con regocijo, que creía haber dado un buen paso, en interés de la paz futura y de la consolidación del nuevo régimen por venir, al haber ofrecido, respectivamente, las carteras de

¹ Bernardo Reyes (1850-1913). Militar y político. Comandante militar de Nuevo León (1885), y gobernador del estado dos veces (1885-1887 y 1889-1909). Ministro de Guerra y Marina (1900-1903) en el régimen de Porfirio Díaz. En 1909, fue propuesto para la presidencia de la República, esto lo enfrentó con Díaz, y tuvo que salir “comisionado” a Francia. A su regreso se encontró en plena Revolución. Engañado, toma parte en la asonada del 9 de febrero de 1913 para tomar Palacio Nacional, muere en el intento.

Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina, a los señores De la Barra y Reyes. Yo inquirí lo que uno y otro hubieron contestado a tal ofrecimiento, y el Jefe de la Revolución tuvo a bien informarme que nada habían dicho en concreto, pero que tenía la impresión de que el ofrecimiento había sido del agrado de los dos. En aquellos días, Madero rebosaba de optimismo en todos los momentos y en todos sus actos.

Debo confesar que la noticia no me cayó en gracia. Pero, a pesar de la confianza y de la intimidad que me ligaban con el Jefe de la Revolución, nunca me atreví a dar mi personal opinión sobre las designaciones que proyectaba, consciente de mi responsabilidad y francamente confiado en el tino que le vi desplegar en muchas de sus decisiones, de las cuales, algunas me habían parecido erróneas, conforme a mi criterio subjetivo, pero que habían demostrado atingencia en sus resultados. Sólo en Ciudad Juárez, insistí en la incorporación del licenciado don Manuel Calero, en el gabinete del interinato, por las razones que en otro de estos reportajes he dejado expuestas. Pero, durante el interinato De la Barra y durante la presidencia del señor Madero, sólo externé mi opinión en materia de designaciones, en los casos en que me fue explícita y claramente pedida.

Como he apuntado ya, del mismo modo que las designaciones de don Ernesto Madero² y de don Rafael L. Hernández³

² Ernesto Madero Farías (1872-1958). Empresario y político. Fue secretario de Hacienda en los gabinetes de Francisco León de la Barra, y de su sobrino Francisco I. Madero, de 1911 a 1913. Perteneció, al igual que Rafael L. Hernández —primo de Francisco I. Madero— al grupo de Limantour. Tras la Decena Trágica, fue protegido por la embajada de los Estados Unidos y salió del país, para residir, por algún tiempo, en Nueva York.

³ Rafael L. Hernández Madero (1875-1951). Abogado. Primo hermano de Francisco I. Madero. Fue secretario de Justicia durante el gobierno interino

habían encontrado reparos entre los antirreeleccionistas radicales, la promesa de carteras de que antes he hecho mención, les desagradó sobremanera. Malquerían, por igual, al “cientificismo” y al “reyismo”, y opinaban que, en el régimen que iba a iniciarse, sólo debían figurar, en la actuación directa, hombres brotados del seno mismo del movimiento, procurando, naturalmente, que tuviesen capacidad para desempeñar los puestos que se les confiaran, pero cancelando totalmente a los ex porfiristas, cualquiera que fuese su colorido. Gustavo A. Madero⁴ hizo grandes reproches a su hermano por el compromiso que había contraído, siendo ese el primer punto de divergencia en materia política entre los dos hermanos que me fue dado observar. Pocos fueron, empero, los maderistas que directamente se atrevieron a hacer observaciones al jefe sobre el particular, habiendo, en cambio, mucha gente, de la asimilada *post victoriam*, que lo felicitaba calurosamente por dar ese “paso de unión y de concordia”. ¡Lo mismo hubieran hecho si Madero hubiera ofrecido la cartera de Hacienda al señor Limantour! La protesta contra la anunciada alianza con el general Reyes sólo se manifestó claramente poco después, cuando ya funcionaba

de Francisco León de la Barra, del 25 de mayo al 12 de julio de 1911. Posteriormente, Madero lo nombró secretario de Fomento (cargo que ocupó del 6 de noviembre de 1911 al 27 de noviembre de 1912), y, más adelante, titular del Ministerio de Gobernación (del 27 de noviembre de 1912 al 18 de febrero de 1913). Fue hecho prisionero junto con Madero, durante los sucesos de la Decena Trágica, y puesto en libertad poco después.

⁴ Gustavo A. Madero (1875-1913). Revolucionario, político y empresario. Hermano de Francisco I. Madero, lo apoyó durante el movimiento revolucionario y siguió a su lado una vez que fue electo presidente. Miembro fundador del Partido Constitucional Progresista, fue diputado en la XXVI Legislatura. Durante la Decena Trágica, fue asesinado.

el Partido Constitucional Progresista. En cuanto al preuncio de la permanencia del señor De la Barra en el futuro gabinete, fue recibido entonces con indiferencia, porque no se reconocía a dicho caballero ninguna personalidad política intrínseca, a pesar de que, por casualidad, ocupaba la Primera Magistratura de la República.

Para los restos del “cientificismo”, maltrechos pero extremadamente irritados, el anuncio de la incorporación del general Reyes al régimen naciente fue una mala nueva, porque traería como consecuencia la adhesión firme de una buena parte del Ejército Federal, que era todavía reyista. Ellos deseaban que Madero iniciara su período gobernando, exclusivamente, con sus propios y directos partidarios, a quienes, con razón, suponían desorganizados para la acción política y personalmente inexpertos en su mayoría. “Así —pensaban ellos—, el nuevo régimen fracasará muy pronto, nosotros fomentaremos su debilitamiento y podremos volver al candelero”. Les asustaba pensar que el Ejército pudiera sumarse con sinceridad al nuevo orden de cosas. Y, como la designación de Madero para la presidencia de la República, aparecía puntos menos que asegurada, taimadamente se dieron a sembrar ambiciones presidenciales inmediatas, tanto en el general Reyes, como en el señor De la Barra, al mismo tiempo que un grupo de ellos urdía un atentado contra la vida del Jefe de la Revolución, que a tiempo descubrimos y evitamos los maderistas, según he de exponer en su oportunidad.

Entre los reyistas personalistas y más allegados individualmente al divisionario, el público ofrecimiento de la futura cartera de Guerra fue interpretado como el reconocimiento de una fuerza, en cuya existencia ellos mismos ya no creían; y antojóseles vislumbrar una excelente oportunidad para rehabilitar

a su adalid y reconquistarle toda la popularidad perdida, sin echar de ver que, en aquellos instantes, ninguna popularidad era viable junto a la aplastante de Madero. Y algo que hubieran podido lograr, quizá, a fuerza de discreción y de paciencia, lo perdieron del todo por su acometividad inoportuna y su impaciencia incontenida. El motor principal de esta tendencia de resurgimiento reyista fue el licenciado don Rodolfo Reyes.⁵

A este letrado, todavía durante el interinato, le fue ofrecida la subsecretaría de Justicia, en la que colaboraría con su condiscípulo y amigo personal, el licenciado Rafael L. Hernández, a cuyo cargo estaba esa cartera. No aceptó el licenciado Reyes, y su negativa fue inmediatamente interpretada, por los maderistas radicales, como un seguro anuncio de próxima oposición reyista contra el nuevo régimen. Con esta perspectiva, dichos radicales se sintieron íntimamente satisfechos.

Y así fue en efecto: en el general Reyes germinó la esperanza de poder escalar el poder presidencial mediante las elecciones que se preparaban, haciéndose la pueril ilusión de que la revolución popular se había hecho en su provecho y que la sangre vertida, mientras él descansaba en París, le serviría de escala para llegar a la ansiada silla que no se había atrevido a disputar, ante el sufragio público, a su amigo y protector el general Porfirio Díaz, a quien los maderistas habían obligado a retirarse del solio. La sola enunciación de esta quimera revela

⁵ Rodolfo Reyes (1878-1954). Abogado y político. Fue ministro de Justicia en el gobierno de Huerta, del 19 de febrero al 11 de septiembre de 1913. Fue diputado federal en el Congreso de la Unión en 1913. En 1914, fue desterrado a España. Pasó allí la mayor parte de su vida y fue miembro de la Real Academia de Jurisprudencia de Madrid. En 1929 publicó en España *De mi vida. Memorias políticas* (t. I, 1899-1913; t. II, 1913-1914).

la existencia de un morbo megalomaniaco, en el divisionario y en sus más cercanos secuaces, que sólo podía ser curado con el fracaso material evidente, completo, palpable, irremediable, absoluto.

Sin embargo, en las primeras semanas del interinato, el general Reyes y los suyos disimularon sus esperanzas, y el primero recató sus ambiciones ante Madero, presentándosele como amigo y aliado y solicitando su efectiva y eficaz influencia en favor de muchos de sus antiguos partidarios. Madero, en cuanto le era posible, satisfacía los deseos del general.

Pero ya a fines de julio, hallándose Madero en Tehuacán, disfrutando de un bien ganado aunque relativo descanso, cuando acabábamos de descubrir y desbaratar el proyectado atentado de los “científicos” y cuando más preocupado se hallaba el Jefe de la Revolución por la extraña actitud del licenciado Emilio Vázquez Gómez⁶ en la Secretaría de Gobernación, obtuvimos noticias fidedignas y detalladas sobre los firmes propósitos de los reyistas de emprender serios trabajos electorales en favor de su jefe, para las venideras elecciones presidenciales.

⁶ Emilio Vázquez Gómez (1858-1926). Abogado y político. Criticó severamente a Díaz desde la década de 1880. Colaboró con algunos periódicos de oposición como *El Tiempo* y *El Diario del Hogar*, hablando siempre a favor de la alternabilidad en el poder y el respeto del sufragio popular. Desde 1906, entabló relaciones con Madero. Junto con él, Paulino Martínez, Luis Cabrera, Roque Estrada y otros, fundó, en mayo de 1909, el Centro Antirreeleccionista de México, del cual fue presidente. Fue secretario de Gobernación en 1911, durante el gobierno interino de León de la Barra. Junto con su hermano Francisco, lanzó en octubre de 1911 el Plan de Tacubaya donde se declaraban nulas las elecciones, disueltas las Cámaras y se proclamaba presidente de la República.

Con motivo del descubrimiento del complot “científico” y de algunas dificultades que surgían con motivo de las elecciones locales en el estado de Yucatán, el señor Madero me llamó a su lado, al balneario de Tehuacán, con objeto de estudiar y tomar algunas importantes determinaciones. Tratados aquellos asuntos, nos ocupamos de la consideración detallada de los trabajos electorales que era necesario emprender para contrarrestar la eventual influencia del reyismo, así como la naciente del Partido Católico, que, sin oponerse a la candidatura de Madero para la presidencia, decidió acompañar la del señor De la Barra para la vicepresidencia, lo cual no podía ser bien acogido por los maderistas, a pesar de que bien sabían ya que el puesto de vicepresidente, según todas las probabilidades, iba a ser nominal y su supresión para el futuro estaba ya decidida por los directores de nuestra política.

Ya el 11 de julio, el Jefe de la Revolución, en público manifiesto, había declarado desaparecido el Partido Antirreeleccionista, que se había bifurcado con motivo del movimiento armado, y lo substituyó por el nuevo partido emanado de la revolución triunfante, que llevaría el nombre de Partido Constitucional Progresista y que sería dirigido por un Comité Central, cuyos miembros designó nominal y expresamente el mismo señor Madero. Acordaron también la creación de un gran rotativo cotidiano, para sostener los principios de la Revolución y defender sus intereses, que llevaría por título *Nueva Era* y cuya dirección se me confiaría a mí, con la valiosa asesoría del licenciado Jesús Urueta,⁷ como subdirector. Con este

⁷ Jesús Urueta Siqueiros (1867-1920). Político y periodista. Destacado orador conocido como “El Príncipe de la palabra”. Diputado de la XXVI Legislatura

periódico y con el PCP, bien organizado y ramificado en toda la República, teníamos lo bastante para contrarrestar los trabajos de nuestros adversarios y para asegurar nuestro triunfo electoral. A mi regreso de Tehuacán, traje, además, la aquiescencia del señor Madero para que el presidente De la Barra indicase al licenciado Emilio Vázquez Gómez la conveniencia de que renunciase a la cartera de Gobernación, dejándole plena libertad para fundarla como quisiese. El propósito o deseo del Jefe de la Revolución era que se encargase de dicha cartera, como subsecretario, el licenciado Federico González Garza, entretanto aquél regresaba a la capital y se ponía de acuerdo con De la Barra para designar al titular definitivo. Don Emilio Vázquez Gómez renunció el 2 de agosto y el presidente interino nombró inmediatamente en su lugar al ingeniero Alberto García Granados,⁸ a la sazón gobernador del Distrito Federal y partidario exclusivo de De la Barra. Éste fue el mayor de los errores del interinato, por las graves consecuencias que tuvo.

El 11 de agosto, en el Teatro Hidalgo, se inauguró la Convención plebiscitaria del Partido Constitucional Progresista, del que tuve la honra de resultar electo presidente. Durante la celebración de las sesiones de dicha Convención, el 19 de

del Congreso de la Unión. De diciembre de 1914 a junio de 1915, se desempeñó como secretario de Relaciones Exteriores, en el gobierno de Carranza. En 1919, fue embajador plenipotenciario de México en Argentina. Colaboró en los impresos *El Siglo XIX* y en la *Revista Moderna*.

⁸ Alberto García Granados y Ramírez (1848-1915). Ingeniero agrónomo y político. Fue gobernador del Distrito Federal, de mayo a agosto de 1911. Se desempeñó como secretario de Gobernación en dos ocasiones: de septiembre a octubre de 1911, en el gobierno De León de la Barra y en 1913, en el régimen de Huerta. Fue diputado federal de la XX Legislatura.

agosto, el general Victoriano Huerta⁹ atacó a los zapatistas en el estado de Morelos, y mucho se dijo que eso le había sido sugerido por su antiguo amigo el general Bernardo Reyes, deseoso de provocar un conflicto que tuviera como resultado el aplazamiento de las elecciones presidenciales. Ese mismo 19 de agosto, el Partido Católico lanzó la candidatura Madero-De la Barra; y el 2 de septiembre, tras dilatadas y enconadas discusiones, pero en perfecto orden y correcta compostura, la Convención del PCP aprobó la fórmula Madero-Pino Suárez¹⁰ como la genuina de la Revolución.

Ante este resultado, los solapados o francos enemigos del nuevo orden de cosas empezaron a propugnar la conveniencia, en su concepto, de aplazar el acto electoral y Madero se creyó obligado a dirigirse a la Cámara, haciéndola responsable de

⁹ Victoriano Huerta (1854-1916). En diciembre de 1900, combatió a los yaquis, en Sonora, y, en 1902, a los mayas en Yucatán y Quintana Roo. En 1910, reprimió a los zapatistas en Morelos y Guerrero. En 1911, durante el interinato de León de la Barra y hasta el nombramiento del presidente Madero, acometió contra los seguidores de Zapata que defendían el Plan de Ayala. En febrero de 1913, tras la sublevación dirigida por Reyes y Mondragón, Huerta liberó a Félix Díaz, quien lo nombró comandante militar de la ciudad de México. Unos días después, propinó un golpe de Estado que culminó con el asesinato de Madero y Pino Suárez, el 22 de febrero, y asumió la presidencia de la República de 1913 a 1915, instalando una dictadura militar y disolviendo el Congreso de la Unión.

¹⁰ José María Pino Suárez (1869-1913). Político, abogado, poeta, periodista y revolucionario. En Yucatán, dirigió el periódico *El Peninsular*. Afiliado al Partido Antireeleccionista, participó en la campaña política de Madero. Organizó los grupos de oposición en Tabasco y Yucatán. Fue gobernador provisional de Yucatán, de junio a agosto de 1911, presidente del Senado, de 1911 a 1912, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, de 1912 a 1913, y fue el séptimo y último vicepresidente de México de 1911 hasta su asesinato, en 1913, durante los eventos de la Decena Trágica.

las consecuencias que el aplazamiento de las elecciones podría originar. Aunque de origen porfirista todavía, el Congreso apreció la situación en su real gravedad, y no se mostraba favorable al aplazamiento. Los reyistas improvisaron entonces una convención y, festinadamente, lanzaron la candidatura presidencial de su jefe; digo “festinadamente”, porque ni siquiera tuvieron tiempo de designar candidato a la vicepresidencia. Pero al mismo tiempo, insistieron ante el Congreso, esta vez de manera oficial y explícita, pidiendo el aplazamiento de las elecciones, lo cual equivalía a reconocer su debilidad, ya que el grueso de sus antiguos partidarios, convertidos al maderismo, no habían respondido al llamamiento de que fueron objeto. Trataron de organizar una manifestación pública en honor de su candidato, pero fue disuelta por las agitadas “infanterías” del PCP, entre las que figuraba, con muchos bríos y con plena fogosidad juvenil, Pablo L. Sidar, quien años más tarde habría de sucumbir trágicamente en gloria de la aviación mexicana. Hubo gritos y pedradas, y el candidato tuvo que refugiarse en la Fotografía Daguerre, al igual que Madero dos años más tarde. El divisionario se quejó airadamente de carecer de garantías.

Convencido el general Reyes del quebranto de su antigua popularidad, así como de su segura derrota en los comicios, declaró el 22 de septiembre que sus partidarios se abstendrían de concurrir a las urnas, y calladamente se marchó a los Estados Unidos. El 25 del mismo mes, el Congreso rechazó el aplazamiento de las elecciones, ratificando que las primarias habrían de celebrarse el primero de octubre.

Como era de preverse, en los comicios triunfó por aplastante mayoría la fórmula Madero-Pino Suárez, y el Congreso hizo la correspondiente declaratoria el 2 de noviembre. ¡Mal augurio, por luctuoso! El 6 de noviembre de 1911 el Jefe de la

Revolución, mediante protesta solemne ante el Congreso de la Unión, se convirtió en el presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

En la secretaría de la Presidencia se sabía muy bien que el general Reyes organizaba en su expatriación un movimiento contra el nuevo gobierno, y, en verdad, existía el temor de que algunos jefes militares lo siguiesen. Efectivamente, el 6 de diciembre, acompañado de unos cuantos hombres, se internó en territorio mexicano en actitud rebelde; pero sólo lo secundaron el eternamente inquieto general Higinio Aguilar¹¹ y el de igual grado Melitón Hurtado. El general Victoriano Huerta, de cuya actitud mucho se sospechaba en razón de su adhesión pública y notoria al general Reyes, lejos de secundarlo, condenó públicamente, en un banquete, la actitud de aquellos dos militares que habían seguido al divisionario tapatío, así como la conducta de éste, subrayando su propia subordinación al gobierno legalmente constituido. Este rasgo contribuyó mucho a crear la confianza personal que el presidente Madero tuvo después en el general Huerta, y que le costó la vida.

Poco después del 15 de diciembre, cayó en nuestras manos una circular subversiva en la que el licenciado Emilio Vázquez Gómez invitaba a sus amigos a la rebelión armada, pero sin sumarse francamente al general Reyes. En cuanto a éste, bien pronto comprobó la magnitud de su fracaso y se entregó voluntariamente al presidente municipal de Lampazos, declarando que estaba decepcionado de sus amigos y convencido de la imposibilidad de derrocar al nuevo gobierno.

¹¹ Higinio Aguilar (1835-1927). Militar. Participó en la Segunda Intervención francesa. Combatió al movimiento maderista y, en 1912, junto con Gaudencio de la Llave, se sublevó contra el gobierno de Madero.

Fue traído a México con toda clase de consideraciones y garantías, e internado en la prisión de Santiago Tlaltelolco, a disposición de la justicia militar ordinaria. El reyismo estaba bien muerto. En cuanto al divisionario, su destino le reservaba muerte sin brillo a las puertas del Palacio Nacional, en la mañana del comienzo del cuartelazo de 1913.

18 DE FEBRERO DE 1913

¡Fue el día de la traición!

La víspera, el presidente Madero había presenciado, desde un balcón de Palacio, la breve revista que, en la explanada frontera del Zócalo, pasó el comandante militar Victoriano Huerta a las fuerzas del general Aureliano Blanquet,¹ que de Toluca habían llegado a reforzar los contingentes que habrían de dar el asalto definitivo a La Ciudadela.² Yo estaba junto al presidente, solos los dos en el último balcón de la esquina sureste del Palacio Nacional. Pie a tierra, los generales Huerta y Blanquet recorrieron el frente de las fuerzas de infantería, extendidos frente al Palacio, y terminado su recorrido, Huerta dio un fuerte apretón de manos a Blanquet, como para felicitarlo por la buena condición de sus tropas. La caballería que

¹ Aureliano Blanquet (1849-1919). Militar. Combatió a Madero y lo aprendió, junto con Pino Suárez, durante la Decena Trágica. Durante el régimen de Huerta, fue ministro de Guerra y Marina, hasta julio de 1914. Tras la caída del régimen, se exilió en Cuba. Regresó a México en 1918, para luchar contra los carrancistas. Muere en la persecución en Chavaxtla, Veracruz.

² Durante la Decena Trágica, las fuerzas rebeldes en contra de Madero, comandadas por Manuel Mondragón y Félix Díaz, ocuparon el edificio de La Ciudadela como cuartel.

el último había traído —formada por fuerzas rurales que provenían del Ejército Libertador maderista, en su mayor parte— ocupaba la calle de Meleros, con rumbo hacia el Volador.

Madero tenía mucha confianza en Blanquet. Recuerdo que cuando las tropas de éste, después de la breve revista, entraron en el Palacio Nacional, como guarnición del mismo, mientras se efectuaba el asalto a La Ciudadela, el presidente me dijo sonriendo: “¡Ahora sí está seguro Palacio con las fuerzas de Blanquet!”

Al séquito civil del presidente extrañaba sobremanera la tardanza de los militares en asaltar definitivamente La Ciudadela, pero el general Huerta y algunos de sus oficiales más allegados nos explicaban quién sabe qué precauciones que era menester perfeccionar para mejor asegurar el buen éxito del ataque; pero, de un modo o de otro, parecía decidido que el asalto se realizaría en el transcurso del día 18. En la noche del 17, el presidente Madero tuvo largas conferencias con Huerta, primero, y más tarde con algunos de nosotros en quienes había depositado su mayor confianza; y, como consecuencia del cambio de ideas con estos últimos, convino en que, para “redondear” políticamente la toma de La Ciudadela, que se preveía como segura para el día siguiente, estaba indicada una modificación casi total del gabinete presidencial, con la cual se daría efectiva satisfacción a las demandas del grupo parlamentario de los “renovadores”, que habían sido recientemente expuestas al presidente en el Castillo de Chapultepec.

El propósito presidencial quedó en que, a reserva de revalidar posteriormente la confianza suprema a tal o cual miembro del gabinete en funciones, los ministros se retiraran en masa, incluyendo al de Instrucción Pública —que era, nada menos, que el vicepresidente constitucional de la República—

a efecto de dar ingreso, en algunos casos, a personalidades de más definida y precisa filiación revolucionaria (ital como entonces se entendía el “revolucionarismo”!), y en otros para eliminar elementos que la voz íntima de los allegados al gobierno conceptuaba como dudosos... Aquella noche del 17, al retirarnos a un relativo descanso a altas horas, el asunto inmediato estaba así decidido. El presidente Madero, excepcionalmente, parecía muy fatigado por las arduas e incesantes faenas del día, y, por tal motivo, lo convencimos de que debería proporcionarse un reposo completo, durmiendo algunas horas en lecho cómodo y no semivestido como lo había hecho durante aquellos últimos días, ya que al siguiente teníamos seguridad de ver favorablemente resueltos nuestros problemas inmediatos...

Madero se acostó en el catre que desde los tiempos del general Díaz existía en el gabinetillo azul de *toilette*, aledaño al despacho particular del presidente y al Salón del Consejo. Nosotros —recuerdo a Jesús Urueta y a Adolfo Bassó³— bajamos a la Intendencia de Palacio, en la que habíamos pernocado durante todos aquellos aciagos días, cuando un breve reposo nos era lícito.

En las primeras horas del día 18, de aquel día del que tanto esperábamos, fui despertado por algún amigo íntimo que tenía franca entrada en Palacio y cuya identidad no halla mi memoria en este momento, quien me manifestó que allí estaba, con urgencia de hablarme, mi buen amigo Alfredo Robles

³ Adolfo Bassó Bertoliat (1851-1913). Marino. Estudió en las escuelas navales de Campeche y Veracruz, obtuvo el grado de Capitán de Fragata. Se desempeñó como Intendente de Palacio Nacional en la presidencia de Madero. Murió durante los sucesos de la Decena Trágica, en La Ciudadela, junto con Gustavo A. Madero.

Domínguez, cuyo latente distanciamiento de Madero y de todos nosotros tanto había yo lamentado. Salí a recibirlo sin pérdida de tiempo y Alfredo, con cordial y efusivo olvido de nuestro distanciamiento, me expresó que era perentoriamente urgente que hablara sin dilación con el presidente.

—¿De qué se trata? —interrogué, vacilando en despertar a Madero que apenas llevaba dos horas de descansar.

—Lléveme con él —dijo Robles Domínguez—, no hay que perder un minuto, porque de un momento a otro va a ser traicionado. Pronto sabrá usted de lo que se trata.

Conociendo como conocía la seriedad y la caballerosidad de Robles Domínguez, no titubeé en llevarlo al aposento presidencial. Ya en el trayecto me dijo que, por no me acuerdo qué circunstancia, estaba perfectamente enterado de que Victoriano Huerta y Félix Díaz⁴ se habían entendido y que en ese día, en vez del esperado “ataque definitivo” a La Ciudadela, el comandante militar traicionaría al presidente de la República que le había otorgado toda su confianza.

No tuve tiempo de reflexionar sobre este preuncio, pues ya nos hallábamos en la presencia del presidente Madero. Se saludaron, sin alusión a la reciente discordia. Y Robles Domínguez habló, habló, habló, informando precipitadamente. “No hay un minuto que perder”, repetía. Pero Madero, sereno

⁴ Félix Díaz Prieto (1868-1945). Militar. En 1911, junto con Bernardo Reyes, se sublevó contra el gobierno de Madero, proclamando el Plan de La Soledad. Ambos fueron encarcelados en la prisión de Santiago Tlatelolco y condenados a muerte en juicio marcial, pero Madero conmutó la pena por prisión. El 9 de febrero de 1913 tomó parte en la asonada para tomar Palacio Nacional. Esto es el inicio de los sucesos de la Decena Trágica, que concluye el 18 de febrero con la aprehensión del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez por parte de Aureliano Blanquet y con su asesinato, el 22 de febrero.

y sonriente primero, tornóse súbitamente severo y a Robles Domínguez, exaltado, y a mí, sorprendido y atónito, nos dijo poco más menos:

–Ustedes son culpables de mucho de lo que pueda pasar, por sus exageradas suspicacias. Yo no puedo desconfiar del general Huerta, y hoy mismo quedarán sometidos los rebeldes de La Ciudadela...

Tengo presente la dolorosa mirada de Robles Domínguez, quien murmuró apenas: “He creído cumplir con mi deber de viejo correligionario”, y se retiró sin despedirse. Yo seguía asombrado por la revelación. Pero Madero procedía a revestirse y seguía delineando sus proyectos inmediatos, basados todos en la inminente “toma de La Ciudadela”...

Me dio órdenes de detalle que fui a cumplir, muy preocupado por cierto, pero al mismo tiempo muy contagiado del optimismo del presidente.

Horas más tarde se realizaba la traición horrenda. La aprehensión, “en nombre del Ejército y con autorización del Senado”, no la verificó Huerta, sino Blanquet, quien trastabillaba como si su cerebro hubiera absorbido todos los vapores del coñac que Huerta había trasegado a su estómago. Huerta no se presentó en Palacio sino hasta que por teléfono le informaron que su maquinación había tenido éxito. Estaba en el restaurante Gambrinus, trasegando más coñac. Entonces, seguro del éxito de su felonía, entregó a su invitante, Gustavo Madero, a la despiadada y cobarde furia de los “fiffes” aristocráticos que lo llevaron al sacrificio.

La infamia se consumó el 18 de febrero de 1913, el Día de la traición.

Pero somos muchos los que todavía creemos en la justicia inmanente...

22 DE FEBRERO DE 1913

Hace veintiún años ...

Hallábame prisionero y virtualmente incomunicado en el salón de banderas del cuartel de San José en Puebla y acababa de salvarme en unión de Chucho Urueta (de manera que puedo llamar providencial y que he narrado ya en otra ocasión) de un fusilamiento perentorio de orden superior, que nos tenía recetado la “Secretaría de Guerra” de la naciente usurpación... La víspera, Urueta había sido conducido a la capital y su suerte me tenía más que preocupado, pues me encontraba profundamente conmovido por el reciente asesinato de mi entrañable y fraternal amigo Gustavo A. Madero y de mi viejo y valeroso Adolfo Bassó. ¿Habrían asesinado también al “divino embaucador”, el gran orador del Arte y artífice del Verbo?... ¿Por qué, entonces, a mí todavía no me asesinaban?

A primera hora de la mañana, un cabo dragón me entró el desayuno con que manos amigas me favorecían cotidianamente, y yo deshacía la portavianda cuando se presentó el coronel del regimiento, don José María Camacho, que tan bondadosamente se condujera conmigo en recuerdo de ancestrales ligas de amistad, y me dijo nerviosamente:

—No, Juanito, vaya a desayunar con los suyos... Tengo orden de ponerlo en libertad para que acuda a ocupar su curul, pues la Cámara de Diputados reclama su presencia. Está usted absolutamente libre, pero me atrevo a darle el consejo de que no tarde en marchar a México y presentarse en la Cámara. De no ser así... —Hizo un gesto vago con la mano.

Recogí mis menesteres íntimos y los guardé en el pequeño baúl que tenía por todo equipaje, abracé al coronel en despedida para agradecerle sus finezas y quise decirle algo; pero él me atajó, diciéndome:

—No me pregunte ni me confíe nada. Yo nada quiero decirle, y tampoco quiero saber nada de sus propósitos... Vaya usted con Dios, pero le recomiendo de nuevo: váyase directamente a México.

Seguido de un soldado que me fue proporcionado para que cargara mi baúl, me eché a la calle. Me parecía un sueño hallarme libre y sin custodios después de las zozobras sufridas. Por fin, llegué a encontrarme entre mi gente, pero noté con extrañeza que mi inesperada libertad no les causaba el agrado que yo había supuesto, y antes bien me acogieron con mal disimulada reticencia. ¿Qué era eso?... Me sentí rodeado de una nube de siniestro misterio. Por fin habló alguien con voz entrecortada:

—¡Han matado al presidente y al vicepresidente! Lo hemos sabido por el telégrafo, pero no hay detalles...

Sentí un golpe de mazo en el cerebro y un cruel estrujamiento en el corazón. Al mediodía llegaron los diarios de la capital y en ellos venía la “versión oficial” de lo acontecido.

—¡Mentira —grité—, todo esto es un embuste vil!... ¡Los han asesinado fríamente! ¡Malditos!

* * *

No es verdad que Francisco I. Madero haya acometido su magna empresa con inconsciencia de visionario. Que una incógnita fuerza superior lo haya empujado a ella, es posible; pero él previó todas las dificultades y todo el alcance de lo que iba a hacer. Esto está demostrado en sus cartas íntimas, escritas desde tres y cuatro años antes del inicio de la Revolución y tal epistolario es más detallado y más preciso a medida que se acerca el momento de poner manos a la obra serenamente proyectada. Pero sus confidencias a los demás fueron sabiamente graduadas y paulatinas.

Supo siempre, asimismo, que la realización de su obra implicaba el sacrificio de su vida en un momento dado. Nunca olvidó la profunda sentencia de Miguel Hidalgo, el anciano Padre de la Patria, que dijo que “los iniciadores de las grandes redenciones perecen en ellas”...

Cuéntame Raúl Madero que, en vísperas de cruzar la frontera para ponerse al frente de las populares fuerzas insurrectas, el Apóstol paseaba con él en un parque de los Estados Unidos, creo que en Nueva Orleans. Callaba y pensaba. De pronto detuvo sus pasos y clavando su mirada en la de Raúl, le dijo con solemnidad:

—Raúl: tú y Julio sois los únicos de mis hermanos listos para acompañarme en la directa lucha armada. Las circunstancias me obligan a esperar un poco, pero quiero que uno de mi sangre esté desde luego entre los que combaten. ¿Estás pronto al sacrificio?... Si sucumbes, piensa que es por una causa muy noble y que indudablemente te seguiré en el sacrificio, lo cual tendrá que ser inevitablemente en el momento marcado por mi destino... —y Raúl Madero cruzó desde luego la frontera y entró en combate.

Trataba el Apóstol de persuadir a su señor padre de la nobleza de la causa a la que iba a consagrarse y de disipar ciertos temores de inmediatos daños materiales que su progenitor abrigaba, y el 8 de enero de 1909 le escribía:

...pues el general Díaz no recurriría a esos medios tan mezquinos. Si él se indigna sería contra mí, y contra mí sólo dirigiría sus golpes de modo que sean certeros sin que aparezca su mano. A mí me preocupa eso bien poco, pues creo que, sirviendo a mi Partido en las actuales condiciones, cumpro con un deber sagrado, obro de acuerdo con el Plan Divino que quiere la rápida evolución de todos los seres y, siendo guiado por un móvil tan elevado, no vacilo en exponer mi propia tranquilidad, mi fortuna, mi libertad y aun mi vida. Para mí, que creo firmemente en la inmortalidad del alma, la muerte no existe; para mí que tengo gustos tan sencillos, la fortuna no me hace falta; para mí, que he llegado a identificar mi vida con una causa noble y elevada, no existe otra tranquilidad que la de la conciencia y sólo la obtengo cumpliendo con mi deber. Tú no te has llegado a penetrar de la trascendencia de la obra que voy a emprender...

Así hablaba el maestro, y hasta el final ajustó sus actos a sus palabras.

* * *

¡Huerta y Blanquet! ¡Figuras opacas en nuestra historia, sin su tremenda traición! ¡También ellos tuvieron su destino trazado y alcanzaron triste muerte, pero no de sacrificio altruista, sino de inmanente y fatal punición!

En el rico archivo, apenas hojeado, que guarda mi dilecto amigo Alfredo Álvarez, he encontrado una carta estupenda dirigida al Apóstol, de puño y letra de su madre, doña Mercedes González de Madero, en el mes de agosto de 1911, a raíz de los cruentos sucesos de la Plaza de Toros de Puebla y en vísperas de que el correligionario suriano, Emiliano Zapata, se declarara en abierta rebelión. Las cuatro caras de esa carta, cubiertas por la señoril escritura de doña Mercedes, han agitado las fibras más recónditas de mi filosofía. En dicha misiva, sencilla y tierna, la madre, atribulada por las preocupaciones que asediaban a su hijo, ya victorioso y próximo a ascender al solio presidencial, le dice que SIENTE que la actitud de Zapata no es espontánea y que lo cree inducido a ella por maquiavélicas maniobras de los enemigos de la Revolución, aconsejando a su hijo que se entienda directamente con el caudillo del sur, PREVIO RETIRO DEL GENERAL HUERTA Y DE SUS FUERZAS FEDERALES, pues está segura de que así quedará aclarado todo mal entendimiento por considerar a Zapata como un sincero revolucionario; y, rememorando los recientes sucesos de Puebla, culpa de ellos al coronel Blanquet, sugiriendo al Apóstol que, cuando sea presidente, PROCURE TENER ALEJADOS DE SU PERSONA AL GENERAL HUERTA Y AL CORONEL BLANQUET, pues presente en ellos peligros para él...

En aquellos momentos, pudo haber quienes tuvieran desconfianza, en conjunto, del antiguo ejército porfirista. Mas, ¿por qué, concretamente, del general Huerta y del coronel Blanquet?... En aquel entonces, Madero tenía precisamente muy altos conceptos de la bravura y de la competencia militar de Huerta y Blanquet. En cuanto a deslealtad, su noble temperamento no le permitía sospecharla en nadie.

¿Será verdad que el corazón de las madres posee el desconcertante secreto de la premonición, cuando se trata del destino de sus hijos?

* * *

A Huerta lo conocí y traté, desde antes de la Revolución, en la Dulcería del Águila de Oro, a la que solía concurrir diariamente, al mediodía. Me fue presentado por el coronel Roselló, que había sido testigo de las matanzas en Veracruz en 1879. Me entretenía mucho con el relato de sus campañas y aventuras de soldado. Más tarde, durante el gobierno maderista, acudía con frecuencia a la secretaría de la Presidencia para asuntos personales, y se hacía lenguas sobre la magnanimidad y la hidalguía del presidente. Posteriormente, he sabido que estaba perfectamente al corriente de la conjuración reyista-felicista y que estuvo comprometido en ella; pero no acudía personalmente a las famosas “juntas”, pues se hacía representar en ellas por el general Gregorio Ruiz.¹ Ésta fue la causa por la que, en el primer día de la Decena Trágica y en momentos en que juzgó que el gobierno era indefectiblemente dueño de la situación, festinó personalmente el fusilamiento del desdichado general Ruiz, pues él, Huerta, acababa de ser nombrado comandante militar de la plaza y temió una delación de parte del referido general.

El 16 de febrero, dos días antes de su traición, en su despacho de la comandancia, nos dijo a Jesús Urueta y a mí: “Yo

¹ Gregorio Ruiz (1847-1913). Militar. Combatió durante la Segunda Intervención francesa. Fue diputado federal en 1912, por el distrito de Monclova, Coahuila. Se sumó a los sublevados contra Madero en la Decena Trágica. Fue fusilado el 9 de febrero de 1913.

bien sé que algunos desconfían de mí y me andan predisponiendo con el señor presidente; pero aseguro a ustedes que el que quiera tocarle un cabello a nuestro chaparrito, tendrá que pasar primero sobre el cadáver de Huerta”.

Después de su traición y de su crimen, nunca volví a verlo en México, pues, en marzo de 1913, marché a incorporarme al movimiento constitucionalista. Pero en 1914, siendo yo representante confidencial del Primer Jefe en Europa, presencié en Santander el desembarque de Huerta y de sus secuaces. Sólo día y medio permanecieron en el citado puerto y llegó a circular moneda mexicana de oro, hasta en los cafés de la población...

Meses después, lo vi en Barcelona, único lugar en que le permitió residir el gobierno español. Su automóvil se cruzó con el de punto que me llevaba por la subida del Tibidabo. También nuestras miradas se cruzaron, y la mía no debe haber sido muy benevolente... En México me hubiera costado la vida; pero estábamos en España.

Blanquet me fue presentado por el presidente Madero en el Salón de Acuerdos del Palacio Nacional, el día mismo en que lo ascendió al generalato, y haciendo elogios de su carrera militar. Nunca tuvimos contacto estrecho, pero sí de absoluta cortesía recíproca. Durante la Decena Trágica, por encargo del presidente, fui a saludar a Blanquet, que con sus fuerzas venía de Toluca, por San Cosme, frente al Cementerio Británico, en donde se había detenido. Al día siguiente, y antes de haberse presentado al presidente, Blanquet solicitó hablar conmigo, por conducto del asesor de su brigada, el licenciado Manuel Vidaurrázaga, que fue de mi personal amistad. Acudí al llamado, y, en breves palabras, me expresó que creía un error de Madero el haber consentido su presencia en México, porque Toluca estaba amenazada por los zapatistas y que si,

aun dejando en México las fuerzas rurales auxiliares que lo acompañaban, se le permitía regresar a la capital del Estado de México, con sólo su Batallón 29, se comprometía a defender la plaza; que él, estando en servicio, no podía hacer la insinuación, pero que la hiciera yo privadamente... ¡Nunca he alcanzado a explicarme con claridad este extraño paso de Blanquet! Pero la verdad histórica me obliga a consignarlo aquí. Cumplí sus deseos, pero el presidente se negó a acatarlos, diciéndome que precisamente deseaba que Blanquet se encargase del resguardo de Palacio... La tarde del 17 de febrero, desde un balcón de la presidencia, el presidente Madero y yo presenciamos que Huerta pasaba revista a las fuerzas de Blanquet, tendidas frente a Palacio. Terminado el acto, los dos hombres, en frente de las tropas, se estrecharon la mano. Y Blanquet pasó a hacerse cargo de la residencia oficial del presidente. Madero sonrió satisfecho, y jamás olvidaré que me dijo:

—Ahora sí estamos seguros...

¡Y cuán seguros: horas después se efectuaba la traición y Blanquet aprehendía al presidente!

En el momento de aprehender al presidente, cerca del cubo del zaguán de la puerta de honor de Palacio, Blanquet, que blandía una pistola pavonada y se tambaleaba, PERO NO DE ALCOHOL, dio un grito estentóreo de “¡Viva la República!”

¿Qué podía significar tal grito en aquellos momentos? Mucho he cavilado sobre el particular cada vez que recuerdo aquel episodio, que llevo grabado en la memoria hasta en sus detalles más nimios; y creo haber dado, al fin, con una explicación de estricta psicología. Nadie daba ese grito entonces, porque no venía al caso inmediato. Si acaso, los traidores gritaban “¡Viva Huerta!” o “¡Viva Blanquet!” y nosotros “¡Viva

Madero!" o "¡Viva el presidente!" Sólo Blanquet gritó, en automatismo visible, "¡Viva la República!"...

En aquel momento Blanquet, estaba emocionado y alterado, más alterado y emocionado que Madero mismo, quien guardaba toda su sangre fría y apenas se turbó con una enérgica imprecación indignada. Blanquet, soldado en las filas republicanas en 1867, fue uno de los componentes del cuadro que fusiló al infortunado archiduque Maximiliano. También en aquel trágico instante se gritó "¡Viva la República!" y este grito fue entonces perfectamente lógico. Pero las grandes emociones, sobre todo aquellas que se tienen en los años mozos, se estereotipan en el sentimiento para toda la vida en todos sus detalles, y se reproducen inconscientemente en eventuales momentos de sacudimiento análogo. En 1867, Blanquet vibró con la emoción de haber ejecutado un acto de justicia por mandato de una causa noble; en 1913, Blanquet vibró asimismo, pero esta vez por el precipitado remordimiento de la traición que ejecutaba. El choque psíquico ha de haber sido el mismo y, en incapacidad de discernimiento, en mera retrovención recordatoria y mecánica, el grito —expresión externa del sentimiento— también fue el mismo "¡Viva la República!"...

* * *

Sí, es verdad, la República es inmortal... Nuestra República Mexicana es inmortal, porque si no lo fuera ya habría sucumbido al embate de tantas vicisitudes. La sangre de sus mártires la fecunda y tonifica; la execración a sus traidores la robustece para resistir nuevos embates en el porvenir. El luto se torna gloria, y, donde un día, con las lágrimas del pueblo, se deslizaron tristes acordes de marchas fúnebres, resuenan otro día,

entre el júbilo del pueblo, las fanfarrias del triunfo, dominadas por la áurea trompeta de la Justicia Popular.

Los crímenes políticos nunca han sido moralmente infecundos. Son siempre detestables y nefandos, abominables y vitandos... pero nunca estériles, por la honda enseñanza filosófica que dejan tras de sí. En la práctica inmediata sí son estériles, porque es posible asesinar a los hombres, pero no lo es asesinar a las ideas. El tronchamiento material de una vida acrece la inmortal espiritualidad dispersa y, oportunamente, la condensa en hechos redentores, cuando no constituya un acto de justicia inmanente.

En México —hasta hace pocos años— los crímenes políticos se han ejecutado de arriba para abajo, desde el poder brutal sobre el individuo inerme. Vicente Guerrero, Francisco I. Madero... el huertismo con sus innumerables víctimas... y otras hecatombes más... ¡Cuánta sangre salpica las páginas de nuestra historia contemporánea! Pero no será estéril, no podría ser estéril...

CONSEJO EDITORIAL

Dip. Tomás Brito Lara

Presidente

Grupo Parlamentario del PRD

Dip. José Enrique Doger Guerrero <i>Titular</i>	Dip. Juan Pablo Adame Alemán <i>Titular</i>
Dip. Eligio Cuitláhuac González Farías <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario del PRI	Grupo Parlamentario del PAN
Dip. Ricardo Astudillo Suárez <i>Titular</i>	Dip. Alberto Anaya Gutiérrez <i>Titular</i>
Dip. Laura Ximena Martel Cantú <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario del PVEM	Dip. Ricardo Cantú Garza <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario del PT
Dip. Luis Antonio González Roldán <i>Titular</i>	Dip. José Francisco Coronato Rodríguez <i>Titular</i>
Dip. José Angelino Caamal Mena <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario de Nueva Alianza	Dip. Francisco Alfonso Durazo Montaña <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Mtro. Mauricio Farah Gebara

Secretario General

Lic. Juan Carlos Delgadillo Salas

Secretario de Servicios Parlamentarios

Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública
Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género
Centro de Estudios de las Finanzas Públicas
Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria
Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias
Centro de Documentación, Información y Análisis

Édgar Piedragil Galván

Secretario Técnico del Consejo Editorial

Fases distintas de un hombre

DE JUAN SÁNCHEZ AZCONA
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE OFFSET REBOSÁN,
EN LA CIUDAD DE MÉXICO,
EN JUNIO DE 2014.
EL TIRO CONSTA DE 4000 EJEMPLARES



TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

18. *Correspondencia política II*
FRANCISCO I. MADERO
19. *Memorias. Selección*
PORFIRIO DÍAZ
20. *El derecho de rebelión*
RICARDO FLORES MAGÓN
21. *Fases distintas de un hombre*
JUAN SÁNCHEZ AZCONA
22. *Documentos constitucionales*
VENUSTIANO CARRANZA
23. *Ser ciudadano*
MARTÍN LUIS GUZMÁN
24. *La Constitución y la dictadura.*
Selección
EMILIO RABASA
25. *La Constitución de 1857 y sus críticos.*
Selección
DANIEL COSÍO VILLEGAS
26. *Temas de reflexión democrática*
para políticos incipientes
LUIS CABRERA
27. *Memorias políticas*
JOSE VASCONCELOS
28. *Documentos escogidos*
LAZARO CARDENAS
29. *La epopeya del petróleo en México*
JESÚS SILVA HERZOG

La colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano que presenta el Consejo Editorial de la H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura, pretende mostrar, por medio de la pluma de significativos escritores, periodistas, historiadores y pensadores, en distintas etapas de la historia nacional, las ideas y expresiones que cimentaron y enriquecieron nuestra norma jurídica a favor del bien colectivo.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación. Esta lucha se prolongó hasta la consolidación como República gracias a las Leyes de Reforma, las cuales constituyeron la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano, además de ser uno de los más notables antecedentes de los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político mexicano.

